
MENSAJES DE MUERTE
KAREL STERLING
Colección LUCHADORES DEL ESPACIO


KAREL STERLING
MENSAJES DE MUERTE
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

printed in spain

Depósito legal V-537—1959.

EDITORIAL VALENCIANA—VALENCIA



MENSAJES DE MUERTE

PERSONAJES PRINCIPALES

PETER LEMONT, joven escritor de la televisión.

VERA HALSTON, periodista inglesa.

Profesor HARLAND, enigmático científico descubridor de claves interplanetarias.

ZWELTEN 99967, policía sideral de Venus.



CAPÍTULO PRIMERO

NO se apure, Duffy; mañana sin falta le llevaré el guion... Ya se lo he dicho, Duffy; hoy tengo muchas cosas que hacer y no puedo dedicarme un minuto a escribir... A las nueve en punto lo tendrá... ¿que si estoy atascado?... Una vez lo estuve nada más en los diez años que llevo trabajando para ustedes; y no fue culpa mía sino del maldito Archie que me hizo rectificar tres secuencias... Escúcheme, Duffy, no soy en absoluto responsable del deficiente funcionamiento de su hígado ni de las iras de su director... ¿Me va a escuchar o no?... ¡Váyase al diablo, Duffy!

Peter Lemont colgó furioso el auricular. Duffy era uno de los pocos hombres que le sacaban de sus casillas a poco que se lo propusiera. Y esta vez lo había conseguido de veras. Cierto que estaba

atascado en su semanal guion de la televisión, pero ello no le daba derecho a Duffy, jefe de programación, para querer inmiscuirse en sus asuntos personales. Retrasarse unas horas en la entrega no significaba ningún perjuicio para la emisora ni paira los técnicos del montaje.

Encendió un cigarrillo e introdujo un folio en la máquina de escribir. Durante unos minutos permaneció pensativo, rebuscando ideas en su mente, desempolvando recuerdos de viejas historias interplanetarias, intentando dar con nuevos procedimientos. Aquel guion trataba de un terrestre del cual se habían enamorado dos princesas de otros tantos mundos lejanos. La rivalidad entre ellas culminaba en una violenta escena en la que intervenían los tres principales protagonistas. Y ahí estribaba la dificultad en la realización del guion. ¿Cómo podrían entenderse en aquella discusión tripartita? ¿Qué lenguaje, qué términos de expresión deberían utilizarse? Emplear el inglés como exclusivo medio de comunicación era una fórmula tan cómoda como poco convincente. Su reconocido ingenio quedaría muy malparado, tanto como su amor propio.

Le sacó de su distracción el ruido de una puerta al cerrarse. Provenía del compartimiento contiguo, ocupado por el profesor Harland. Peter consultó su reloj de pulsera. Eran las siete y media.

Se puso en pie y comenzó a pasear por la habitación. ¿Y si fuera a pedirle ayuda al profesor Harland? La profesión de éste tema mucho en común con la suya. Harland confeccionaba la sección del "Post" destinada a contestar las consultas de los lectores sobre temas futuristas. El profesor tenía una sólida reputación, aunque muchos le tildaban de chiflado por el dogmatismo que ponía en sus aseveraciones.

Peter no le conocía personalmente. Algunas veces habían coincidido juntos en el ascensor, y nada más. A juicio de Peter, el profesor era un tipo raro. Vestía anacrónicamente, se comportaba de un modo esquivo y su rostro parecía el de un visionario, todo ello producto, sin duda, de un ególatra afán de notoriedad.

Venciendo sus remilgos, Peter fue a verle. Se sorprendió un tanto al observar que su visita era amigablemente acogida por el profesor.

—Tenía muchos deseos de hablar con usted—dijo Harland invitándole a sentarse—. Aunque militamos en campos distintos, somos colegas. Creo que usted podría ser un buen colaborador mío.

Peter encendió otro cigarrillo. Viendo de cerca a Harland se reafirmó su impresión de que algo había en aquel hombre que le prestaba un aire notoriamente extraño. Tenía cierto parecido con Einstein, pero en su mirada había un fulgor fanático que inspiraba recelo; un fulgor que con un poco de imaginación podía denominársele como satánico.

También el aspecto de la sala de trabajo de Harland era poco usual para una profesión literaria. En el pequeño y mal cuidado aposento había infinidad de transmisores, magnetófonos y otros mecanismos que Peter no supo a qué funciones atribuir.

Peter le explicó el motivo de su visita. Mientras desarrollaba sus explicaciones, una sonrisa irónica se fue acentuando en el rostro del profesor.

—El problema que usted me acaba de exponer no se dará nunca en las relaciones interplanetarias —replicó Harland—. Antes de que los terrestres ho llen con sus plantas otros mundos se habrá implantado el idioma universal. Veamos, por ejemplo, lo que sucede con el sistema planetario solar: Marte, Venus, Mercurio y Saturno ya utilizan un medio común de comunicación. El conocimiento de las claves respectivas les permitirá dentro de muy poco tiempo los intercambios culturales; simple cuestión de unos años, señor Lemont. Y, en lo que respecta a la Tierra, tengo el convencimiento de que el plazo será más breve todavía. Todo depende de que nuestras más preclaras inteligencias no adopten la cómoda postura de la intransigencia. Lo que más odio en este mundo es que a cada paso de la civilización haya de sucederle un caos de ruinas y sangre. Yo mismo me pregunto hasta cuándo habrá de durar mi paciencia, hasta cuándo habré de ser objeto de mofa y burla, hasta cuándo tendré que soportar este maldito silencio que a veces me enloquece.

Peter Lemont parpadeó perplejo. La súbita exaltación de Harland le dio a entender que no era un excéntrico, como suponía. El profesor estaba loco de remate; y lo que era peor, su locura parecía incluso peligrosa si llegaba a desembocar en crisis.

—¿Investiga usted sobre esta cuestión?— inquirió Peter con acento apaciguador.

—Es posible que usted sea tan obtuso como los demás—replicó Harland agresivo—. Créalo o no, yo hablo todas las noches con seres de Marte, Venus, Mercurio y Saturno. Va a verlo usted en seguida, se lo voy a demostrar.

Harland se levantó y tomó de un estante un montón de cuartillas cosidas entre sí por medio de alfileres. Las puso encima de la mesa, de forma que Peter pudiera ver su contenido.

—No son signos ininteligibles—dijo Harland—; responden a claves perfectamente establecidas. Examínelas con atención.

Peter miró alternativamente las pretendidas claves y las pupilas encendidas del profesor. Sobre las cuartillas no había más que signos caprichosos alternados con números de siete y ocho cifras.

—¿Insinúa que son textos?—preguntó Lemont con tanta seriedad

como le permitió el regocijo interior que sentía.

—Soy el único hombre de la Tierra capaz de dialogar con otros mundos—replicó Harland—, Veinticinco años llevo investigando sobre las radiaciones que todos los científicos achacan a los fenómenos atmosféricos; veinticinco años estudiando, analizando las ondas etéreas, desentrañando el misterio de sus frecuencias. Y después de todo este tiempo, después de descifrar el secreto de los mensajes del más allá, la gente aún sigue riéndose de mí. He puesto en manos de los expertos cuantos datos pueden llevarles a las mismas conclusiones que he sacado yo, les he facilitado las claves, les he suplicado que no desoigan las llamadas de los planetas. ¡Vano esfuerzo!... Dicen que estoy loco... Quizá usted, señor Lemont, pueda ayudarme. Veo y escucho todos sus programas de televisión, conozco sus esfuerzos para poner a la gente al corriente de lo que será el futuro, sé que es inteligente y audaz. Hágase aliado mío en esta cruenta batalla que libro contra la ignorancia, convénzase del inmenso beneficio que haremos a la Humanidad.

Lemont aplastó la colilla de su cigarrillo contra el cenicero y, después, entrelazó sus manos en un ademán que revelaba su confuso estado de ánimo. Dolíale ser sincero con aquel, hombre desequilibrado. Y, por otra parte, resultábale difícil acceder, aunque fuera aparentemente, a prestarle una colaboración a todas luces descabellada.

—Si la gente se empeña en no darle crédito a usted, ¿por qué no lo manda todo al diablo y deja que las cosas sigan por sí mismas su curso?—le preguntó intentando salir del paso sin comprometerse.

Harland se levantó. Su mirada denotaba una furia incontenible. Se dirigió a uno de aquellos emisores alineados en una mesa de trabajo.

—¡Escuche usted!—le dijo impulsivo—. Va a oír las señales de Marte.

Tras manipular en dos controles simultáneos, un rítmico repiqueteo se dejó oír alternado con largos zumbidos. Harland fue anotando signos en una cuartilla y, finalmente, cortó la emisión. Sus pupilas centelleaban de satisfacción al volverse a Peter.

—Un mensaje completo—explicó—. Le gustaría saber lo que dice, ¿verdad?

Peter asintió.

—¿Buenas noticias o malas?—inmediatamente se arrepintió del tono burlón de sus palabras.

Harland hizo una pelota con la cuartilla y la arrojó a la papelera. A continuación se sentó frente a Peter.

—Noticias malas para ustedes, los ciegos de espíritu—la

premeditada lentitud de Harland al hablar hizo el efecto de un raspado en los nervios de su interlocutor—. El mensajero de Marte me acaba de decir que el Atomium acaba de aprobar un plan de emigración a la Tierra. Yo les sugerí ese plan. Lo pondrán en práctica si antes de una semana, el Gobierno inglés no ha dado más muestras de cordura que hasta ahora. Espero el dictamen de Scotland Yard para obrar en consecuencia.

Peter se volvió un oyente circunspecto. Podía decirse que se había salido inconscientemente de la realidad para adentrarse en aquellos terrenos de la fantasía que solía frecuentar en busca de argumentos para sus guiones. Por ello, su siguiente pregunta estuvo revestida de una inusitada seriedad.

—¿Tiene interés Marte en colonizarnos?

Harland meneó negativamente la cabeza.

—A despecho de todas las leyendas, Marte jamás ha deseado guerra alguna—replicó—. Pero se anticiparía a nuestra ofensiva bélica con un ataque aniquilador. El Atomium marciano se está instruyendo sobre el particular.

—Usted ha hablado de una ofensiva por parte nuestra—dijo Peter interesado—. Confieso que, pese a mi documentación acerca de las investigaciones siderales, no tenía la menor noticia de ello. ¿Estamos, realmente, en condiciones de provocar a Marte?

—Bien sabe usted que no. Pasarán cientos de años hasta perfeccionar una flota de astronaves capaces de hacerlo.

—¿Entonces?

—Marte creerá lo que yo les diga. Un informe mío bastará para poner en movimiento los ejércitos marcianos. Cuando el mundo se dé cuenta de lo necio que ha sido ya no habrá remedio.

—Y a usted ¿qué interés le mueve para provocar un conflicto así? ¿Qué saldría ganando?

Centellearon las pupilas de Harland.

—Si usted hubiera inventado la pólvora, si nadie creyera en la existencia de tal explosivo, si le tomaran por un loco inofensivo y la gente se le riera a su paso, ¿qué haría para convencerles?

Peter sonrió.

—Probablemente fabricaría una bomba, la pondría en los cimientos de algún edificio oficial, y la haría estallar. Es casi seguro que los supervivientes del suceso darían fe del invento. De lo que ya no puedo estar tan seguro es de si después me fusilarían por saboteador.

—¿Y qué importaría, señor Lemont? A un verdadero científico no

le debe asustar la idea de morir cuando se trata de salvar un ideal o una quimera. Y, a veces, los científicos también sentimos la mordedura del odio en las entrañas. Cuando alguien me reconoce en la calle y en su mirada leo la burla, cuando mis peticiones de ser escuchado por los organismos oficiales obtienen como respuesta el silencio, cuando me cierran las puertas en las narices, entonces siento unas ansias irresistibles de aniquilarlo todo, de llamar a la venganza a todos los planetas del Universo. Más de una noche me he sentado aquí, delante de estas emisoras, y he estado a punto de provocar el cataclismo. No sé qué es lo que me ha retenido, tal vez la esperanza de que algún día me den la razón. Pero mis fuerzas van cediendo, señor Lemont. Ya he puesto un límite a la paciencia; un límite de siete días...

Peter enarcó las cejas.

—¿A qué se refiere?—indagó intrigado.

Harland rebuscó entre los papeles de su mesa hasta hallar la copia de una carta mecanografiada.

—Ayer escribí a Scotland Yard—dijo a la vez que releía el texto —. Les puse en antecedentes, una vez más y la última, de mis descubrimientos; les dije lo que estaba dispuesto a hacer y les di el plazo de una semana para decidirse en uno u otro sentido. Les exigí una contestación concreta, o, si usted lo prefiere en otros términos, les planteé un ultimátum definitivo.

Peter se levantó.

—Ya me dirá el resultado de su gestión—declaró a guisa de despedida—. Buenas noches, señor Harland.

El profesor le cerró el paso. Su expresión era suplicante y fanática al mismo tiempo.

—¿Se niega usted a ayudarme?—preguntó.

Peter se sonrojó. Aquélla era la encrucijada en que había rehuido meterse desde que comenzara la conversación.

—No veo de qué modo podría...—balbuceó excusándose—. Tengo infinidad de ocupaciones, soy un poco torpe para las claves...

—-Usted también me toma por loco—Harland le abrió la puerta y chasqueó los dedos despectivamente—. ¡Largo de aquí, necio!...

De vuelta en sus habitaciones, Peter se puso a reflexionar sobre el extraño caso del profesor. El absurdo modo de comportarse de éste no cuadraba con la seriedad de sus artículos periodísticos ni con la cultura científica en ellos contenida.

Hacía un calor agobiante en la habitación, Peter fue a abrir la cristalera de su galería. Acodado en la barandilla aspiró el aire fresco de la noche. El cielo estaba cuajado de estrellas. Inconscientemente, el

joven buscó con la mirada al planeta Marte. Le vino a los labios una sonrisa sardónica. ¡Cuánto tiempo transcurriría hasta que el hombre poseyera algún conocimiento cierto de aquel astro de fulgores rojizos!

Un rápido tableteo, parecido al producido por un receptor Morse, quebró el silencio de la galería. Peter asoció inmediatamente el sonido con las extravagantes actividades del profesor Harland.

Le embargó una curiosidad irreprimible. Sólo tenía que franquear una pequeña verja para poder espiar lo que estaba haciendo Harland. No le importó el riesgo que corría de ser descubierto. Pasó una de sus largas piernas por la baranda y luego la otra. Agazapándose, de modo que le protegiera el marco de madera de la galería, avanzó hasta llegar al ventanal que daba al aposento de trabajo del profesor.

Harland estaba de espaldas a él. Le vio perfectamente a través de los cristales. Parecía estar escribiendo y dictando al mismo tiempo. Funcionaban todos los emisores y receptores produciendo un mare mágnum de zumbidos y chasquidos. Se volvió una vez para recoger unas cuartillas. Peter experimentó un escalofrío supersticioso al contemplar las facciones del profesor, crispadas por una expresión casi demoníaca. Daba la sensación de hallarse poseído por un espíritu infernal.

Durante cerca de una hora, Peter se mantuvo en la misma postura observando todos los movimientos de Harland. Transcurrido este largo período, el profesor desconectó los mecanismos, ordenó sus apuntes y salió de la habitación, no sin antes apagar la luz.

Si Peter Lemont hubiese obrado consecuentemente, volviéndose a su aposento y dando por terminado aquel fútil asunto, jamás habríase visto envuelto en la horrenda aventura que le convirtiera en el exterminador de la Tierra. Pero la curiosidad del joven escritor de guiones para la televisión se acrecentó al ver desaparecer a Harland. Se apoderó de él la tentación de apropiarse de aquellos papeles y como en Peter, tentación y acción era una misma cosa, forzó diestramente la ventana, saltó al interior y se hizo dueño del tesoro de Harland.

Media hora más tarde, Peter hacía su entrada en el despacho de Gordon Lee, perito en claves de Scotland Yard y amigo de él desde la infancia.

—Te has arriesgado por nada—díjole Gordon una vez expuesto el asunto—. Por motivos más insignificantes conozco a individuos que han estado encerrados una buena temporada. Estamos hasta la coronilla de él y de sus malditas cartas. Lo que me sorprende es que tú te hayas afectado hasta el punto de tomar en serio sus majaderías.

Peter cruzó las piernas y se alisó la raya del pantalón.

—Si conocieras a ese sujeto no te sorprenderías —replicó—. Sea como fuere le considero peligroso. Una vez tuve ocasión de ver a un asesino. Tenía la misma mirada que el profesor Harland.

—En cuanto a eso, ni entro ni salgo de la cuestión. Corresponde a otros encargarse de meterlo en chirona a la primera tontería que cometa. Respecto a los criptogramas que me has traído no tienen pie ni cabeza; son representaciones gráficas de unas ideas inconexas, propias de una mente infantil; son como los garabatos que tú y yo hacíamos cuando aún no íbamos a párvulos.

—¿Estás seguro, Gordon?

El perito en claves afirmó rotundamente.

—No conocería mi oficio si tuviera alguna duda.

—Entonces, ¿qué le vais a contestar a Harland?

Gordon se echó a reír.

—Mi querido Lemont, docenas de cartas como la de Harland van diariamente a las papeleras. ¿Crees que podemos perder el tiempo haciendo una excepción con ese neurasténico? Déjale que se desahogue emborronando cuartillas y tranquilízate. Si, como has dicho, Harland lleva veinticinco años dialogando con las estrellas, no existe ningún impedimento para que dialogue otros veinticinco.

Peter recogió las cuartillas.

—Tendré que devolverle esto—dijo poniéndose en pie para marcharse—. Veremos qué explicación le doy.

—Rómpelas—aconséjole Gordon—. Si le confesaras tu acción tal vez te hiciera una reclamación judicial por allanamiento de morada. Y le tendríamos que dar la razón, mi querido amigo.

Sobre las once de la noche, Peter regresó a su apartamento. Su entrevista con Gordon Lee no le había sosegado por completo. Presentía un algo tenebroso en aquel asunto, tenía la inexplicable certeza de que el profesor Harland representaba una amenaza.

Dejando a un lado los papeles del profesor trató de concentrarse en el guion que Duffy le reclamara unas horas antes. Consumió media docena de cigarrillos hasta que su máquina de escribir comenzara a teclear lentamente.

Y al séptimo cigarrillo sonó el timbre de la puerta. Peter se levantó a abrir.

Era el profesor Harland. Un fulgor enigmático animaba sus pupilas.

—Vengo a recoger unos papeles que usted se llevó de mi casa—dijo con voz desprovista de matices—. Si tiene la bondad de entregármelos…

—No sé de qué me habla—replicó Peter enrojeciendo—. Si me está acusando de haberle robado…

—No le acuso de nada—cortó el profesor—. ¿Me permite?

Harland pasó por el lado de Peter y recogió las cuartillas que por un descuido imperdonable habían sido dejadas sobre la mesa.

—¡No se marche!—exclamó el joven rehaciéndose de su azoramiento—. Se lo explicaré todo.

Harland se detuvo. Su mirada era interrogante pero preñada de altivez.

—A última hora decidí ayudarle—declaró Peter—. No quise decírselo por si las cosas no se resolvían favorablemente. Llevé esos documentos a un experto de Scotland Yard amigo mío. Estuvimos examinándolos juntos.

—¿Qué le dijo su amigo?

Peter vaciló antes de dar la respuesta.

—Me dijo que eran intraducibles. Lo siento, señor Harland.

—¿Sabe si otros técnicos están estudiando el asunto?

El joven meneó negativamente la cabeza.

—Es preferible que lo sepa: no le contestarán.

Un gesto de amargura crispó las facciones del profesor.

—Comprendo—dijo lentamente—. ¿Puede decirme el nombre del experto amigo suyo?

—Gordon Lee, del departamento de criptogramas. Si quiere una tarjeta mía para ir a visitarle…

—No, muchas gracias. Buenas noches.

* * *

Tres días más tarde, el cuerpo de Gordon Lee aparecía horriblemente mutilado en su casa de campo de las afueras de Londres. Naturalmente, todo el aparato policíaco de la ciudad fue puesto en movimiento para capturar al asesino. Las pesquisas fueron baldías: los más hábiles sabuesos se estrellaron contra un impenetrable muro de tinieblas.

Peter Lemont fue llamado al despacho del superintendente Blakeney.

—Le he hecho venir para agradecerle su colaboración en el caso de Gordon Lee—dijo Blakeney. Su aspecto era el de un hombre desalentado y falto de fuerzas para luchar—. Los indicios que usted facilitó no han dado el menor resultado. El profesor Harland es tan inocente como un corderillo recién nacido.

—¿Han comprobado su coartada?

—Con ella podría capear un temporal en el Pacífico—respondió el superintendente—. La noche del crimen, Harland estuvo en el despacho de al lado tratando de convencer al inspector Cullis y al capitán Donovan sobre la veracidad de sus fantásticas teorías. Permaneció dentro de Scotland Yard desde las nueve hasta cerca de la una de la madrugada. El asesinato se cometió a las once aproximadamente, según el dictamen forense.

—Harland pudo encargar a otro del trabajo—rebatió Peter.

—Podría ser pero no le creo capaz. Se trata simplemente de una coincidencia.

—¿Gordon tenía enemigos?

Blakeney sonrió.

—Usted le conocía tan bien como yo—repuso con acento triste—. El móvil hay que buscarlo en otro sitio.

—Robo, ¿por ejemplo?

El superintendente se encogió de hombros.

—Existen muchas circunstancias sorprendentes en tomo al crimen —dijo—. Su cuerpo apareció desgarrado y mutilado como si le hubiera atacado una jauría de lobos rabiosos. Le faltaba una de sus piernas y tenía la garganta casi seccionada por un zarpazo. Los peritos no han encontrado huellas dactilares pero sí de garras de animales. Lo más extraordinario del caso es que nadie se dio cuenta hasta la mañana siguiente. Su esposa, que dormía en la habitación contigua, manifiesta no haber oído ningún ruido, a pesar de padecer de insomnios que la suelen desvelar hasta la madrugada. Fuera del compartimiento de Gordon no se ha hallado ningún rastro sospechoso. Podría afirmarse que el asesino penetró por la ventana… pero volando.

—Yo de ustedes detendría a Harland—expuso Peter sombríamente.

Blakeney le miró sardónico.

—¿Va a decirme que un habitante de Marte se ha desplazado a la Tierra expresamente para matar al pobre Gordon?

—Tengo mis ideas sobre el particular—Peter recogió el sombrero y se puso en pie—. Si más tarde creen que puedo serles útil no duden en avisarme. Encantado de conocerle, señor Blakeney.

CAPÍTULO II

¡ULTIMATUM A LA TIERRA!

NO hemos podido sustraernos a la tentación de reproducir el titular con que encabeza el profesor Harland un artículo que recientemente nos envió para su publicación. Fácilmente se advertirá la índole del mencionado escrito, por lo cual nos abstenemos de incluirlo en la habitual sección futurista. Dejando a un lado la calidad literaria del trabajo, excelente por todos los conceptos, estimamos que contiene un marcado matiz alarmista impropio de la seriedad de nuestro periódico. Entre otras afirmaciones, el profesor Harland se permite amenazar a la Humanidad con una hecatombe de la que asume toda la responsabilidad. Asegura también que ha hecho un llamamiento a los guerreros de Marte para que hagan prevalecer la justicia...”

Peter Lemont no concluyó la lectura del artículo. Todo lo concerniente al profesor Harland le producía un extraño desasosiego, un malestar indefinible que cada día iba en aumento. Sentía lástima

por el profesor; lástima y al mismo tiempo desconfianza; dos sensaciones contradictorias que, sin embargo, concordaban perfectamente con la personalidad de Harland.

Aquella edición matutina del "Tribune" contenía también un trabajo firmado por un tal Mr. Racine que defendía violentamente las tesis del profesor Harland y atacaba con no menor valentía a la ciega incredulidad de las gentes y, en especial, de los científicos. El artículo estaba escrito en términos polémicos y los razonamientos en él expuestos no carecían, paradójicamente, de un sentido común a todas luces basado en la prudencia y comprensión.

Peter sospechó que Harland no debía ser ajeno a tal artículo. Aunque los estilos eran diferentes, costaba trabajo admitir que otro intelectual se hubiera tomado la molestia de defenderle y enfrentarse a la vez con la opinión pública.

El joven guionista dejó a un lado el periódico y apuró la taza de café que tenía ante sí. A punto de marcharse se apercibió de que era objeto de una insistente y sonriente mirada por parte de una hermosa mujer que ocupaba una mesa próxima. Habría pasado el detalle por alto si se hubiese considerado hombre capaz de despertar la admiración femenina; pero Peter Lemont solía enjuiciarse muy severamente y daba por descontado que sus pecosas facciones no correspondían a las de un prototipo ideal, y aunque era alto, fuerte y ancho de hombros, dedujo que aquella mirada no iba para él.

Disimuladamente se volvió para comprobar si detrás suyo había alguien. Su perplejidad aumentó al ver que la atractiva joven acababa de ponerse en pie y venía hacía su mesa.

Peter pudo contemplarla a placer mientras se acercaba. Era muy morena, alta y tenía los ojos grises. Su ceñido traje negro evitaba hacer el menor esfuerzo de imaginación para valorar la exquisitez de sus líneas. Caminaba con la prestancia inconfundible de la persona que se ha ejercitado en los deportes, y su aire juvenil—apenas contaría veinticinco años— era contrarrestado por un admirable dominio de sí misma.

—¿El señor Lemont?—preguntó con voz agradable y carente de timidez.

Peter se levantó.

—Sí—contestó esbozando una sonrisa de circunstancias—. No recuerdo en este momento...

—Permítame que me presente; mi nombre es Vera Halston. ¿Puedo sentarme un momento en su mesa?

Peter asintió sin titubear. La joven no correspondía al tipo de mujer dudosa que podría haber obrado de aquel modo obedeciendo a

una sospechosa intención.

—¿Quiere tomar algo?—ofreció Peter una vez ya sentados.

—Quiero solamente hablar con usted. Supongo que le habrá sorprendido mi atrevimiento, y quiero, ante todo, que sepa el móvil que me ha inducido a hacerlo. Usted conoce al profesor Harland, ¿no es cierto?

Ahora sí que se sorprendió Lemont. Jamás se le habría ocurrido relacionar a Vera Halston con el extravagante profesor.

—He hablado un par de veces con él—repuso con deliberada vaguedad.

—Gordon Lee y yo éramos primos hermanos —declaró Vera—. Gordon me habló, poco antes de su horrible muerte, acerca de una visita que le hizo usted para esclarecer el misterio de unas claves extraterrestres. ¿Lo recuerda?

Peter movió afirmativamente la cabeza.

—Según su primo las claves estaban desprovistas de significado.

—Yo creo todo lo contrario. Las claves, el profesor Harland y el asesinato de Gordon están íntimamente relacionados entre sí.

—Hice cuanto pude para convencer a Scotland Yard de que podía existir esa relación. Gordon era uno de mis mejores amigos.

—Lo sé. ¿Qué le parece si usted y yo indagáramos por nuestra cuenta?

Peter guardó silencio unos instantes.

—He renunciado totalmente a ello—dijo al fin—. Harland me produce alergia.

Vera se irguió para apoyar los codos sobre la mesa.

—Harland puede estar en el secreto de algo muy trascendental—manifestó—. Debemos concederle un margen de crédito, quizá sus conocimientos sean capaces de revolucionar la historia del Universo. ¿Ha leído lo que pone el periódico “Tribune” sobre el ultimátum lanzado por él?

Lemont ofreció un cigarrillo a la joven y luego encendió otro para sí.

—También he leído el furioso alegato de un tal Mr. Racine—contestó—. Supongo que la gente se habrá reído de lo lindo con él. Racine ha combinado ingeniosamente la tontería absurda con un pretendido sentido común.

Vera palideció ligeramente y por sus aceradas pupilas pasó un fugaz relámpago de ira.

—Racine es el seudónimo que empleo en mis artículos—dijo con

fría ironía—. Celebro que lo califique de ingenioso.

Peter se puso colorado hasta la raíz de los cabellos.

—Lo siento—se excusó—; no quise ofenderla. ¿Cómo iba yo a suponerlo? Lo que quise decir es que el artículo de Mr. Racine defendía una causa perdida.

—Lo que quiso usted decir lo dijo—cortó secamente Vera—. Yo también lamento haberme equivocado al juzgarle.

Antes de que Peter tuviera ocasión de reaccionar, Vera Halston dio media vuelta y desapareció por la puerta giratoria del restaurante.

Se encogió filosóficamente de hombros. Aquel maldito asunto ya le estaba produciendo demasiados quebraderos de cabeza. Por culpa de él, Duffy le había llamado reiteradamente al orden amenazándole con anular el contrato que le ligaba con la emisora de televisión.

Por pura curiosidad volvió a enfrascarse en la lectura del artículo de Vera Halston.

Después pagó el importe del almuerzo y abandonó el establecimiento.

Una obsesión angustiosa se había apoderado de Peter Lemont. Fueron vanos todos sus intentos para desecharla. A cada instante que transcurría, a cada pausa de su respiración, el agobio se iba convirtiendo en un irresistible malestar.

Como todas las noches, a aquella misma hora, la puerta del departamento contiguo sonó al cerrarse. Peter oyó la Voz del profesor dando las gracias a alguien y después un nuevo portazo.

Se deslizó por la galería hasta llegar a la ventana de Harland. Sigilosamente asomó la cabeza por encima del travesarlo de madera, de modo que apenas pudiera vérsele desde el interior de la estancia.

En aquel momento, el profesor se hallaba ocupado en desmontar un enorme cajón de madera corriente cubierto de etiquetas que proclamaban la fragilidad de su contenido.

Peter imaginó que se trataría de un envío de materiales de radio o cosa por el estilo. Sin embargo, su primera impresión se fue desvaneciendo al comprobar la exagerada meticulosidad de Harland en su procedimiento de desembalaje.

El cajón era estrecho y alto, reposando sobre su base más pequeña. En primer lugar, el profesor desclavó la tapa superior; a continuación tanteó los travesaños perpendiculares, sin decidirse por ninguno en particular. Pareció dedicarse a profundas meditaciones mientras observaba la caja desde todos los ángulos del aposento.

Siempre se había ufanado Peter de tener unos nervios bien templados y resistentes al más brusco choque emocional. Pero en la

presente ocasión hallábase incapaz de controlarlos. Presentía que estaba a punto de hacer un descubrimiento sensacional; era como si el ambiente estuviera preñado de fatales presagios, como si invisibles tensiones eléctricas se repelieran entre sí asaeteándole a él con ardientes punzadas.

De pronto, Harland entregóse a una febril actividad. Con sorprendente rapidez desmontó los travesaños del cajón y su contenido quedó al descubierto.

En la garganta de Peter se ahogó un grito de horror. Cerró los ojos para apartar de sí la escalofriante visión de un ser sobrenatural que surgía del cajón con torpes movimientos.

Cuando volvió a entreabrir los párpados, el monstruo se hallaba erguido en toda su formidable contextura ante el profesor Harland. A la memoria de Peter le acudió inmediatamente el recuerdo de la espantosa criatura que creara el doctor Frankestein. E, igualmente, supo a manos de quién había muerto su amigo Gordon Lee.

El monstruo tenía apariencia semihumana. Su tronco, su cabeza y sus extremidades poseían tal conformación; diferían, en cambio, las particularidades secundarias. Garras carniceras en lugar de pies y manos, piel escamosa y desprovista de vellosidad, color cetrino, cuello corto y cráneo achatado en el que destacaba un enorme frontal cuyos salientes inferiores protegían unos ojos amarillentos y grandes. La nariz era apenas un insignificante promontorio cartilaginoso con sendas fosas que rozaban la hendidura superior de la boca. Con todo y ser horripilante el aspecto de aquella bestia, lo que más acrecentaba la repulsión era el detalle grotesco de su vestimenta. Un traje negro, raído y mal cortado, se ajustaba a duras penas a su cuerpo; la americana, abrochada hasta el último botón, dejaba ver los flecos de una camisa del mismo color. La estrechez de las prendas unida a la rigidez de los movimientos del monstruo dábanle una remota apariencia de autómata.

Fascinado, Peter era la representación de una estatua. Observándole hubiérase dicho que hasta se olvidó de respirar. Su mente fue captando todas y cada una de las escenas que se desarrollaron en aquel aposento.

Harland llevó al ser hasta uno de los emisores. Durante un buen rato, ambos se sucedieron en la manipulación del mismo. También era evidente que hablaban y que la actitud del profesor no podía ser más reverente y sumisa.

Y, cuando menos lo esperaba Peter, el monstruo se giró hacia la ventana y le vio.

Sus ojos amarillentos e inexpresivos quedaron prendidos en los de

Peter a través del cristal que los separaba. Fue un instante de atroz angustia. La sangre se le heló en las venas al joven mientras su cerebro buscaba frenéticamente la salida a aquella situación.

No era cuestión de pensarlo. De un salto, Peter franqueó la pequeña verja que dividía las dos galerías y se introdujo en su aposento cerrando la ventana con doble pestillo.

Con igual premura salió a la escalera echando a correr escalones abajo.

Oyó el chirriar de una puerta al abrirse.

—¡Deténgase, señor Lemont!—gritó imperiosa la voz del profesor Harland—. ¡Le costará la vida si sale a la calle! ¡Vuelva inmediatamente!

Las últimas palabras del profesor vibraban aún en sus oídos cuando detuvo un taxi que pasaba frente al edificio.

—¡Lléveme a cualquier sitio, pronto!—ordenó al chófer—. ¡No importa que sea al fin del mundo!

* * *

Después de hora y media de tenaces pesquisas, Peter Lemont localizó el domicilio de Vera Halston.

A pesar de lo avanzado de la noche, la joven periodista aún no había regresado a dormir. No obstante, la espera de Peter fue corta.

Vera se sorprendió al verle. Su inicial gesto de desagrado se tornó en expresión de curiosidad.

—¿Cómo averiguó que vivo aquí?—preguntó.

—Me lo dijeron en la redacción del “Tribune” —repuso Peter. A la luz artificial, Vera se mostró más morena y hermosa que por el día—. Pensé que ya no vendría esta noche.

—Estuve haciendo compañía a la esposa de Gordon Lee. Le resulta difícil soportar la soledad después del suceso. Y, a propósito, ¿a qué ha venido?

—He descubierto el secreto de Harland. Ya sé quién mató a Gordon.

Vera enarcó las cejas.

—¿Lo dice en serio?

Peter le refirió lo acontecido horas antes.

—Supongo que, de ahora en adelante, pesará sobre mí una condena de muerte—concluyó aludiendo a los gritos de Harland en la escalera—. Mi primera intención fue acudir a la policía, pero más tarde reflexioné que sería mejor ponerla a usted al corriente y decidir

juntos lo que podríamos hacer.

Vera se mordió los labios pensativa.

—Lo que usted quiere es que si aparece muerto, como mi primo Gordon, alguien se ocupe de seguir el verdadero rastro. Teme usted que la policía no adopte una actitud formal con respecto al caso y Harland pueda seguir haciendo de las suyas.

Peter sonrió.

—Exactamente, ésa es la idea—contestó—. No es que le tenga un excesivo apego a la vida pero me disgustaría morir inútilmente, sin saber que alguien hará algo por vengarme.

Vera volvió a ponerse los guantes.

—Muy bien—aprobó—. Iremos juntos a la policía y si en Scotland Yard no nos hacen caso emplearemos la acción directa contra Harland y su marciano.

—¿Verdad que dicho así suena un poco a grotesco?

Vera le miró con fijeza.

—No es grotesco que mi primo muriera despedazado y que la Humanidad entera pueda sufrir idéntica suerte.

CAPÍTULO III

UN estrépito de cristales sacudió la casa como si a través de sus ventanas hubiera penetrado un ciclón.

El estupor paralizó por un instante a Vera y Peter. El mismo pensamiento acudió a las mentes de ambos.

—¡Ha sido la ventana de la escalera de servicio!

—exclamó Vera nerviosamente—. ¡Le han seguido, Peter!

Lemont cogió a la muchacha por el brazo forzándola a correr hacia la puerta.

— ¡Es mejor que huyamos! ¡No tenemos armas para defendernos!

Pesados pasos y un sordo rumor de rugidos llegó hasta ellos procedentes del otro extremo de la casa.

— ¡Dios santo, nos alcanzará por la escalera!— en la voz de Vera había una nota de angustioso temor—. ¡Abra la puerta, pronto!

Peter tiró del pestillo. La seca y desgarbada figura del profesor Harland estaba en el rellano apuntándoles con un revólver.

—Se lo advertí, Lemont—dijo Harland con expresión implacable —. No quiso usted escucharme y ahora pagará las consecuencias.

Se oyeron ruidos de porcelanas y muebles rotos. Instintivamente, Peter giró la cabeza y vio asomar por la esquina del pasillo la sombra del monstruo. ¡Estaban acorralados!

Era preferible morir matando que someterse pasivamente. Sin pensarlo dos veces, Peter disparó su puño derecho contra el rostro del profesor. Al hacerlo cerró los ojos para no ver los fogonazos del revólver.

Cogido por la sorpresa, Harland no tuvo tiempo para apretar el gatillo. Tambaleóse al impacto del puño de Peter y cuando quiso reaccionar recibió otro golpe en el plexo solar que lo abatió definitivamente. El arma se le desprendió de los dedos y cayó al suelo.

De un empellón, Peter obligó a Vera a bajar la escalera. El la siguió, no sin antes recoger el revólver.

—¡No mire hacia atrás, Vera!—exclamó Peter apremiándola—. ¡Dese prisa!

Peter sentía tras de sí los pesados saltos del monstruo al perseguirles. Dominábale una mortal ansiedad que le impedía raciocinar normalmente. Al doblar uno de los rellanos miró de reojo hacia arriba. Vio dos cosas que le permitieron un instante de alivio. Aquella bestia semihumana se había quedado un tanto rezagada, sin duda por las dificultades que para ella entrañaba un medio de descenso desconocido. El segundo factor esperanzador tenía su origen en el suave chirrido de los cables del ascensor. Era evidente que estaba bajando y que pronto llegaría al nivel de ellos.

— ¡No siga!—ordenó a Vera asiéndola por un hombro—. ¡Espere un instante!

No bien hubo acabado de decirlo, el suelo del ascensor apareció sobre sus cabezas. Peter aguardó un segundo y oprimió el botón de parada. Tuvieron el tiempo justo para abrir las puertas y colarse dentro antes de que el monstruo los alcanzara.

Peter forzó una sonrisa de aliento.

— ¡Nos hemos salvado de momento!—exclamó—. Ha sido peor que una pesadilla.

—¿Por qué no le disparó?—inquirió ella al ver que empuñaba el revólver.

El joven se secó el sudor de la frente.

—Significaba perder un tiempo precioso—replicó—. ¿Sabemos, por ventura, si el marciano es sensible a las armas terrestres? Lo que importaba era escapar, dejar atrás su amenaza.

El ascensor se detuvo. No había nadie en la conserjería. Peter y Vera salieron a la calle y doblaron la esquina precipitadamente. Se guarecieron en un patio próximo.

—Le han destrozado la casa por mi culpa—dijo Peter—. ¿Podrá perdonármelo?

Vera le sonrió. Apenas quedaban huellas de terror en su hermoso rostro.

—Es lo mejor que nos podía haber sucedido —contestó—. ¿Se ha trazado ya algún plan?

El señaló un bar de la acera de enfrente cuyas luces permanecían todavía encendidas.

—Si me espera un momento avisaré a Scotland Yard para que envíe una patrulla. Con un poco de suerte pueden llegar antes de que el profesor Harland recobre el conocimiento.

Vera asintió.

—Mientras tanto vigilaré la salida de mi casa.

Peter cruzó la calle y se metió en el bar. Cuando salió, Vera se hallaba en la esquina. Le chistó ella suavemente.

—¿Reconoce ese coche?—preguntóle señalándole un pequeño "Morris" estacionado frente a su apartamento.

—Es el de Harland. ¿Cómo no lo habré visto antes?

—El marciano no ha salido aún. Seguramente ha vuelto a subir a por el profesor. ¿Qué hacemos?

—La policía se presentará de un momento a otro —contestó Peter —. Lo que es necesario es que no sea demasiado tarde.

—¡Ahí viene un taxi!—exclamó Vera—. ¡Subamos a él y coloquémonos detrás del "Morris"!

—¡Magnífico!—aprobó él—. Así, si escapan no perderemos su rastro.

Detuvieron al taxi. Una vez instalados en su interior, Peter ordenó al chófer:

—Sitúese a cinco yardas de ese automóvil. Ya le diré luego dónde nos tiene que llevar. Entretanto apague todas las luces.

Peter consultó la hora y después fijó su mirada en Vera.

—Una cosa u otra ocurrirá antes de cinco minutos—dijo en voz baja—. ¿Está nerviosa, Vera?

—No mucho. ¡Mire!...

Las pupilas de Peter siguieron la dirección marcada por el índice de la muchacha.

Dos sombras habían aparecido en el patio de Vera. La oscuridad de la calle y la densa niebla no permitían una visión clara de sus detalles. Sin embargo, para los dos jóvenes eran inconfundibles.

La figura menos corpulenta echó a andar seguida a corta distancia por la otra. Era evidente que guardaban todo género de precauciones para pasar desapercibidos. Harland abrió la portezuela del "Morris" y

dejó que su acompañante se introdujera primero. Luego se metió él. El ruido de la portezuela al cerrarse sonó lúgubremente.

El “Morris” se puso en marcha.

—Sígale—instó Peter al chófer—. Procure guardar una distancia prudencial para que no Se den cuenta.

El pequeño automóvil de Harland torció por Arch Marble y enfiló recto hacia Westminster.

—Cuando nuestros amigos lleguen se encontrarán con las manos vacías—declaró Peter sombríamente—. Imagino que a usted no le agradará el cariz que está tomando el juego.

Vera lo miró abiertamente. En sus grises ojos podía leerse una grata sensación de confianza.

—Recuerde que yo le invité a este juego—repuso ella—. Y creo que acerté eligiendo su compañía.

Peter notó en su costado derecho la suave tibieza del cuerpo de Vera. Aquel hecho sin importancia le llevó a evocar lo distinta que podría ser la noche si en lugar de tener que perseguir a dos seres infernales, tomaran el rumbo de Piccadilly y bailaran a los románticos sones de una orquesta.

—Es una lástima—dijo él.

En los grandes ojos de Vera se leyó la interrogación.

—¿El qué es una lástima?

Peter pensó en que al chófer no le importaban sus ideas acerca de las injusticias terrenas.

—Nada—repuso tras un instante de pausa.

El “Morris” de Harland torció por la calle siguiente a la abadía internándose en la gran Avenida Hyde Park Corner.

—Desde luego no se dirige a su antro de las maravillas—apuntó Peter. Sin saber por qué sentíase en uno de aquellos momentos suyos de jovial excitación—. No me extrañaría nada que eligiera otro refugio.

Un cuarto de hora más tarde, tras haber dejado atrás los principales núcleos de tráfico, el “Morris” se metió por una abandonada carretera que conducía a Essex.

—Concédale mayor separación—ordenó Peter al taxista—. No es preciso que esto parezca el fin de semana de dos familias amigas.

Vera sonrió.

—Goza usted de buen humor—declaró—. ¿Es éste su verdadero carácter o es el otro?

—Tengo multitud de facetas—contestó él. Y se enfrascó en un

largo mutismo.

Transcurrió una hora larga hasta que el automóvil de Harland se desvió por un mal cortado sendero en dirección a una pequeña edificación apartada unas dos millas de la carretera.

—Pase usted de largo—dijo Peter al chófer—. Cuando yo le diga se detiene y apaga las luces.

Así lo hizo el taxista. Llegado el instante, Peter y Vera se apearon.

—¿Cinco libras será bastante?—inquirió él sacando del bolsillo un apretado fajo de billetes.

El chófer sonrió amigablemente.

—¿Les espero?—preguntó guardándose las cinco libras.

Peter meneó negativamente la cabeza.

—Va a hacer algo más importante—díjole—. Cuando llegue a la ciudad se tomará la molestia de pasar por Scotland Yard y le dirá al superintendente Blakeney que, precisamente en esa casa está la pieza que él busca en relación con el caso de Gordon Lee. Le dirá también que se dé prisa si no quiere que el pájaro vuele.

El taxista se llevó una mano a la gorra en señal de respetuoso saludo.

—¿Es usted detective?—le preguntó con naciente curiosidad.

—Y de los buenos—finalizó Peter añadiendo otras cinco libras de propina.

Veinte minutos más tarde, Peter y Vera se hallaban ante una extraña edificación de un estilo inidentificable. Sus muros eran bajos y de un color gris plomizo. Una débil luz resplandecía en su interior.

Peter extrajo el arma del bolsillo.

—¿Entramos?—invitó a la joven—. Es cuestión de jugárselo todo a cara o cruz.

—Usted pretende que capturemos a Harland y al marciano, ¿no es eso?

—Le propongo intentarlo.

—Con usted me pasa algo raro—Vera esbozó una alegre sonrisa—. Me siento tan segura como rodeada de un escuadrón de policías.

—No hay más que hablar.

Peter ayudó a Vera a escalar el bajo muro y, a continuación, saltó él.

—Allí hay una puerta abierta—dijo él—. Quizá sea el garaje o la entrada trasera.

Vera se cogió a su brazo.

—Veamos qué misterio nos ofrece. ¿Cuánto calcula que tardarán las gentes de Blakeney?

—No mucho, pero esta vez impediremos por todos los medios que se escapen.

Comenzó a sonar un zumbido como de cosa metálica; algo parecido al funcionamiento de una central eléctrica pero más potente y de menores intermitencias.

—¿Qué es eso?—Vera se detuvo alarmada.

—No se preocupe. Piense solamente en que somos dos contra dos.

Tras penetrar por la puerta se internaron en una especie de pasillo circular y ascendente. La rampa finalizaba en un compartimiento totalmente metálico cuyas paredes estaban remachadas por hileras de tuercas. Pese al sigilo que ambos jóvenes ponían en su andar, sus pasos despertaban agudas estridencias.

De pronto se oyeron fuertes portazos metálicos.

—¡Nos han cerrado la salida!—susurró Vera acentuando la presión de sus dedos sobre el brazo de él—. ¿Sabrán que estamos dentro?

Peter cesó de andar. Su rostro había adquirido una extraña expresión.

—Esta luz no procede de ningún sitio—dijo refiriéndose a la claridad reinante en la circular estancia—. No hay bombillas ni tubos fluorescentes... Sólo una ventana que da al exterior.

—¿Dónde nos hemos metido, Peter?—la voz de Vera contenía una leve inflexión de temor.

En lugar de contestar se dirigió él hacia la ventana.

—¡Venga pronto!—llamó a Vera excitadísimo—. ¡Dígame si está viendo lo mismo que yo!

Intrigada, la joven obedeció. Peter la tuvo que sostener para evitar que cayera al suelo desvanecida.

¡Londres se hallaba debajo de ellos, a una distancia tan enorme que el resplandor de sus luces habría cabido en una moneda de cinco chelines!

—¡Una astronave!—exclamó Peter con un hilo de voz—. ¡Que Dios nos coja confesados cuando lleguemos a Marte!

CAPÍTULO IV

L[image]

A astronave efectuó dos evoluciones en torno a aquella isla espacial, gigantesco conglomerado metálico de torres, esferas, ejes móviles y antenas, y, después, redujo su velocidad para incrustarse suavemente en la redonda cavidad que le correspondía.

Testigos únicos de aquel espectáculo fueron las eternas tinieblas de la noche sideral y los brillantes astros que, cual luminarias incandescentes, marcaban las sendas del Universo. De entre todos los presentes globos de fuego destacábase la Tierra envuelta en la sutil gasa de su atmósfera. Aparentemente quieta, difuminados sus colores por la distancia, parecía constituir el maravilloso centro de la atracción universal. Su satélite Luna daba la sensación de ser un gran copo de nieve que no se decidiera a caer sobre el azul de los océanos.

Si para la inmensidad cósmica pasó desapercibido el insignificante acontecimiento de una nave que se posa sobre la estación nodriza, no ocurrió, en cambio, lo mismo en el interior de dicha base. Hubo conmoción general, intensiva agitación entre sus moradores, cambios de consigna y enorme curiosidad, todo ello originado por la visita de un terrestre.

En la cámara de sesiones se reunió a toda prisa el Consejo Estelar de Marte, presidido por el jerarca entendido en asuntos terrestres, un ser de ocho extremidades reptantes adosadas a una descomunal cabeza que recordaba a la parte superior de las medusas. Distribuidos alrededor del jerarca veíase un variado repertorio de la fauna racional marciana. Gigantescas libélulas de cráneos semihumanos, reptiles plumosos, simios de piel blanca y ojos telescópicos, conchas bivalvas de vibrantes masas nerviosas, negros cefalópodos de bocas dentadas e infinidad de seres de imposible catalogación.

En el centro de la, vasta sala metálica había un transformador magnético que recogía las corrientes telepáticas de los congregados convirtiéndolas en un lenguaje articulado al cual contestaba el jerarca, cuya voz seguía el proceso inverso para poder ser captadas las ideas por sus subordinados.

Se hizo un silencio impresionante cuando se abrió la puerta y apareció el profesor Harland seguido de aquella nauseabunda bestia

que le acompañara en el viaje espacial.

Harland quedó un poco sobrecogido al verse en medio de aquella escalofriante sociedad extraterrestre. Sabía que estaba entre amigos, que con algunos de ellos había entablado conversaciones a lo largo de sus noches de vigilia, que su visita era acogida con satisfacción. Pero no estaba tranquilo; fuera el estado de su conciencia, fuera que sus ojos no se hadaban habituados a visiones tan extraordinarias, el caso es que comenzó a preguntarse si no habría llegado demasiado lejos en su vengativo afán.

—Bienvenido seas a la isla Marte-XD-999—habló el receptor de corrientes telepáticas recogiendo la salutación del jerarca—. Nuestra impaciencia se ha visto por fin premiada con tu visita. ¿Qué noticias traes de la Tierra?

—Malas, augusto Klux-Dux—contestó Harland haciendo un esfuerzo para serenarse—. Las naciones han unido sus tareas para invadir vuestro planeta. Los planes se han anticipado gracias a un descubrimiento hecho por Norteamérica que permitirá a las astronaves desplazarse hasta los límites del Universo. Es muy posible que antes de un mes, según el calendario terrestre, se lleve a cabo el ataque a Marte.

Actuó el colector de pensamientos traduciendo las palabras de Harland.

La expectación de los congregados se evidenció por un oleaje de movimientos que se calmó cuando el colector habló de nuevo.

—¿Expusiste a los dirigentes de la Tierra nuestros deseos de convivencia? ¿Les hiciste saber que aceptaríamos un intercambio de seres racionales condicionado a la supresión de una tercera parte de la humanidad? ¿Les advertiste que para nuestra supervivencia necesitábamos emigrar a otros planetas y que ya habíamos tomado acuerdos en tal sentido con Urano, Mercurio y Saturno?

—Se rieron de vuestras pretensiones—mintió Harland—. Ellos afirman ser los reyes del Universo y no acatan órdenes de nadie. Mis esfuerzos por pacificar a los terrestres han resultado baldíos y contraproducentes. Ahora os consideran un estorbo y han decidido suprimiros.

—¿Saben que podríamos destruir la Tierra en un plazo mucho más corto del que tú has mencionado antes?

—No tienen la menor noción de vuestro poderío —replicó Harland—. Mis informes al Consejo de Seguridad han sido tachados de absurdos y fantásticos. Sólo se temen entre ellos, entre las distintas naciones que componen la Tierra. De fuera de los límites de la atmósfera no temen nada; se creen omnipotentes.

—Tus gestiones serán recompensadas—dijo la voz del colector—. ¿Prefieres regresar a la Tierra y unirte al destino de tus semejantes o comenzar una nueva vida en Marte?

Un rictus de odio concentrado crispó las facciones del profesor.

—Prefiero ser testigo del Apocalipsis—contestó—. Quiero presenciar cómo los destruye su propia ignorancia...

La puerta del compartimiento se abrió bruscamente. Entre los circunstantes se produjo una viva agitación y, particularmente, fue el profesor Harland quien más acusó la estupefacción al ver entrar, revólver en mano, a Peter Lemont.

—¡Pido que me escuchéis!—exclamó Peter situándose en el centro de la sala—. ¡Si alguien se mueve, si alguien intenta impedirme que hable, lo pagará en el acto con su vida! ¡He oído todas las falsedades dichas por este hombre y quiero que sepáis la verdad de todo lo que ocurre en la Tierra!

—¿Quién eres tú?—preguntó la voz del receptor telepático interpretando la interrogación de Klux- Dux.

—Mi nombre no hace al caso—repuso Peter con acento decidido—. Augusto Klux-Dux, el profesor Harland es el mayor intrigante que existe. Por motivos derivados de perturbaciones mentales quiere hacer objeto a sus semejantes de una atroz venganza y para ello no ha dudado en utilizaros. Jamás los dirigentes terrestres han pensado invadir Marte. No podrían hacerlo aunque quisieran puesto que su civilización está atrasada con respecto a las exploraciones siderales. Tampoco están enterados de vuestro ofrecimiento acerca de un intercambio, por la sencilla razón de que el prestigio de Harland no ha sido suficiente para que su voz sea tenida en cuenta en las altas esferas...

—¡Miente este hombre!—chilló Harland—. ¡Está tratando de engañaros para que os confiéis! ¡Eliminadlo inmediatamente!

—Puedo demostrarlo—prosiguió Peter imperturbable—. Un hombre ha sido asesinado por vuestro representante en la Tierra. Ha habido, incluso, testimonios de que fue así. Sin embargo, los encargados de la justicia terrestre no creen que el criminal pudo ser un marciano. Esto es prueba de que ignoran por completo el complot que estáis tramando.

Peter se detuvo molesto por algo que no fue capaz de discernir. Era una sensación rarísima, como si le estuvieran aislando de la realidad.

—-...el complot que estáis tramando—repitió lentamente—. Es necesario que no deis pábulo a los enredos del profesor Harland...

Cesó de hablar nuevamente. Sus propias palabras chillábanle en

los oídos con tal intensidad que parecían clavársele en el cerebro.

Respiró profundamente. Su asombro no tuvo límites al percibir el sonido de su aspiración como un ronco estertor. De algún sitio comenzó a llegar un rítmico martilleo.

—Augusto Klux-Dux—intentó seguir Peter—, los terrestres no constituimos ninguna amenaza contra Marte; somos débiles todavía para aventurarnos en los espacios siderales. Pero defenderemos nuestra soberanía haciendo uso de una formidable arma…

La sensación de desasosiego se hizo irresistible. El silencio parecía haberse cristalizado y le aprisionaba con invisibles tentáculos. Aquel martilleo que estaba oyendo eran los latidos de su corazón, cuando respiraba eran rugidos lo que salía de su garganta; los roces de su ropa al accionar convertíanse en crujidos insoportables.

Al profesor Harland le debía estar ocurriendo otro tanto porque su rostro era una máscara de agonía. Peter le vio pasarse una mano por la frente y tambalearse.

Perdido el control de sus nervios, Peter exclamó:

—¡Escuchadme todos! ¡En nombre de los gobiernos terres…!

No pudo continuar. Dobláronsele las rodillas y cayó de bruces.

Su última percepción de la realidad fue una voz hiriente que provenía del colector telepático.

—Llevadle a Marte. Debe ser juzgado y condenado…

* * *

—Serás el ejecutor de la justicia de Marte—habló aquel cefalópodo de seis ojos y extremidades flotantes. Sembrarás la muerte en tu planeta y harás que el suelo se fertilice con la carroña de los cadáveres. Y más tarde, cuando seas el único hombre sobre la Tierra, presenciarás la llegada de nuestras naves culminando un momento estelar en la historia de los mundos. Os dimos una oportunidad y en pago al generoso ofrecimiento nos hicisteis objeto de una bárbara ofensa. Queda, pues, decretada la extinción de la humanidad.

Desfallecido por la angustia, el cansancio, la sed y el hambre, Peter Lemont acató el fallo sin una protesta. Como único signo de su voluntad, sus pupilas centellearon cuando un amasijo de seres reptantes le condujo a una celda herméticamente aislada del exterior.

Había presenciado muchas cosas desde su llegada a Marte. Vastas planicies cubiertas de árboles-minerales, caudalosos ríos de negras aguas, montañas transparentes, edificaciones metálicas que se desplazaban a velocidades supersónicas, infinidad de especies vivientes que se comportaban con la misma uniformidad que si

pertenecieran a una sola raza. Todo esto había tenido ocasión de contemplar Peter mientras fue conducido de un sitio a otro hasta ser llevado a presencia del Gran Regidor. Y pudo, también, percatarse de otros muchos y extraordinarios detalles que habríanle causado extrañeza de haber estado predispuesto para ello. Pero su abatido estado de ánimo era más propicio a la conformación fatalista que a las reacciones que supusieran actividad mental o física.

Jamás supo cuánto tiempo permaneció encerrado en aquella estrecha prisión de paredes relucientes y luminosas.

Despertó de su somnolencia al sentir una sensación de ahogo que le quemaba los pulmones. Al sentarse en el frío suelo observó que la celda estaba siendo inundada de un pesado gas verdoso. Tosió dificultosamente. Medio atontado por la fatiga se dijo que probablemente había llegado su última hora. No se le ocurrió pensar que el fallo del Gran Regidor con respecto a su condena era muy distinto.

Las torturas producidas por el gas verdoso fueron interminables. Sufrió vómitos y calambres; su sangre pareció convertirse en hirviente lava, se le paralizaron los reflejos nerviosos...

Y cuando despertó nuevamente todas las señales de lo sucedido habíanse borrado por completo. ¿Una horrible pesadilla o el delirio de su mente enloquecida?

Hallábase en su propia cama, rodeado de todos los objetos que componían el dormitorio de su apartamento en Belgrave Street. Tenía la cabeza despejada y descansado el cuerpo.

A través de la semiabierta persiana se filtraban los alegres rayos de un sol que anunciaba la mañana. De la calle llegaban las voces de los vendedores ambulantes y las estridentes bocinas de los automóviles.

Peter se incorporó de cara a la mesita de noche. El despertador estaba parado en las ocho y veinte. Se rascó la cabeza pensativamente.

Tras unos instantes de reflexión descolgó el auricular del teléfono y marcó uno de los números de Scotland Yard.

—Póngame con el superintendente Blakeney—dijo al invisible interlocutor.

—Blakeney dimitió la semana pasada—le contestaron—. ¿Quién deseaba hablar con él?

El corazón le dio un vuelco a Peter. ¡Blakeney dimitido hacía siete días! Entonces, ¿cuánto tiempo había transcurrido desde la noche que fue a visitar a Vera Halston?

Cortó la comunicación y marcó ahora el número del “Tribune”.

Fue una vaga ilusión la que lo alentó a hacerlo, un desesperado intento de asirse a la irrealidad.

—Con Vera Halston, por favor—demandó a la femenina voz que se puso al otro extremo del hilo.

—Su turno comienza a las nueve de la noche—le informaron—. Si quiere dejar algún recado.

Creyó haber oído mal.

—¿Trabajó anoche la señorita Halston?—preguntó anhelante.

—Sí, señor.

La alegría desbordó a Peter. De puro nerviosismo casi dejó caer al suelo el auricular. Púsose en pie dispuesto a vestirse. Se dio cuenta de que ya lo estaba al ponerse delante del espejo. No empañó su gozo el hecho de verse demacrado, con los ojos hundidos y una barba de varios días. Como tampoco le atormentó el recuerdo de su alucinante aventura anterior. Se hallaba en la Tierra, libre de amenazas, y, lo que era más importante, sabiendo que Vera vivía también. ¿Cómo habían sucedido estos milagros? Tiempo habría para las meditaciones. Ahora interesaba solamente el lado práctico de la existencia.

Se lavó y afeitó concienzudamente, pasó revista a su indumentaria y salió a la calle dispuesto a desayunar.

Al pasar por delante de un reloj público puso en hora el suyo. Eran las nueve y media de la mañana, de una alegre mañana londinense.

Entró en el primer restaurante que vio. Por un momento dudó entre sentarse en la barra o en una de las mesas. Optó por lo primero.

—Café con leche y tostadas con mantequilla—pidió al "barman".

Cuando estaba finalizando la grata labor de recuperación de fuerzas entró un vendedor de periódicos. Compró uno y dio una generosa propina al muchacho.

Primero que nada leyó la fecha: 7 de junio. Estuvo a punto de atragantársele el bocado. ¡Llevaba ocho días sin comer ni beber!

Pasó rápidamente las hojas buscando alguna noticia sobre el profesor Harland o el superintendente Blakeney. ¡Nada en absoluto!

Acabado el desayuno llamó al camarero que estaba reclinado sobre uno de los mostradores interiores, atareado seguramente en la limpieza de los vasos.

Como no contestara le chistó más fuerte. El camarero no se movió, sordo a la llamada.

Peter se apeó del taburete e hizo señas a otro de los sirvientes.

—Su compañero se ha debido dormir—dijo Peter con acento

humorístico—. ¿Quiere cobrarse?

—Tú, Joe, ¿qué te ocurre?—el “barman” sacudió por uno de los hombros al que había servido a Peter— ¿Te encuentras mal?

El llamado Joe se derrumbó inerte. Tenía las facciones contraídas y cubiertas por un tinte verdoso.

A las exclamaciones del primer camarero acudieron otros varios, algunos clientes y el dueño del establecimiento.

—Está muerto—dijo uno de los clientes que afirmó ser médico—. Por la forma que ha ocurrido no puede ser más que un ataque al corazón. ¿No observó usted nada anormal en él cuando le sirvió?

Peter negó con la cabeza.

—Me pareció que estaba bien—repuso sintiéndose súbitamente alarmado por una idea que le vino a la mente. Y agregó—: Aunque, en realidad, no me fijé mucho. ¿Comprende?

—Sí, claro—el galeno asintió—. Que alguien llame a una ambulancia... O, mejor dicho, que avisen a la policía.

Peter sacó un billete del bolsillo y lo dejó sobre el mostrador. Luego, aprovechando la confusión, abandonó el establecimiento.

Secóse el sudor de la frente con un pañuelo. “Sembrarás la muerte en tu planeta”, le había dicho el Gran Regidor de Marte. ¿Sería aquella su primera víctima?

Le llamó la atención un corro de gente que se apiñaba al otro extremo de la calle junto a un farol de gas. Preso de una mortal ansiedad, Peter se aproximó.

—¿Qué ha sucedido?—inquirió a una mujer de mediana edad que parecía estar enterada a juzgar por sus enérgicos comentarios.

—¡Han envenenado a un vendedor de periódicos! —exclamó—. ¡Canallada más grande no he visto en todos los días de mi vida! ¡Pobrecillo muchacho! ¡Asómese y véalo!...

Peter no quiso oír más. Dio media vuelta y echó a andar en dirección contraria. Al pasar por delante otra vez del restaurante donde había desayunado contempló aterrado cómo la gente sacaba varios cadáveres del interior. En uno de ellos reconoció al médico que dictaminó la muerte de Joe.

El horror se apoderó de él. Ya no cabía la menor duda. Su sola presencia, su aliento tal vez, bastaba para propagar los mortales gérmenes de que era portador. Era en potencia el asesino de millones de personas, el destructor de la humanidad.

Palabras ciertas fueron las del Gran Regidor de Marte: “¡Sembrarás la muerte en tu planeta!”

CAPÍTULO V

NO se acerque, doctor!—exclamó Peter. Su espalda chocó violentamente contra una de las paredes de la sala de reconocimiento.

Viendo que no podía retroceder más se armó de una silla para guardar la distancia que lo separaba del eminente especialista—. ¡No se acerque más! ¡Abra las ventanas, mi aliento le contaminará!

El doctor Vanee, un hombre joven y de atlética complexión, le sonrió tolerante.

—Mi querido paciente—díjole con su acento más persuasivo—, usted sufre una psicosis de culpabilidad originada por esos casos de los que me acaba de dar cuenta. Yo quisiera convencerle de que está en un error, de que no es posible que exista una enfermedad tan sumamente contagiosa, de que usted no tiene el aspecto de un hombre enfermo.

Peter dejó a un lado la silla. Su mirada hacía recordar a la de una fiera acorralada. Respiró profundamente y cerró los puños nerviosamente.

—Como usted quiera, doctor—contestó abatido—. Ya le he advertido del peligro que usted corre. Reconózcame si ése es su deseo.

—Mi deseo no, el suyo. Recuerde que ha venido usted a visitarme. Siéntese en ese sillón, por favor.

El joven obedeció tras un instante de indecisión.

—¿Cree usted que habrá algún remedio para mi mal?—inquirió con acento casi suplicante.

—Afortunadamente estamos en el siglo veinte—contestó Vanee—. Quedan pocas enfermedades incurables y, prácticamente, ninguna de las que llamamos contagiosas. Ahora bien, en muchos casos no depende de la ciencia el éxito de una curación, sino de la firme voluntad del paciente.

Peter sonrió con amarga ironía.

—Usted cree que soy un neurasténico, ¿no es cierto?

—Le daré mi opinión después. ¿Quiere subirse la manga de la chaqueta?

Peter ofreció su brazo desnudo. El doctor hizo en él dos pequeñas incisiones para tomar muestras de sangre y de los tejidos. Luego le tomó la tensión arterial, lo auscultó detenidamente y, por último, efectuó una exploración de las retinas.

—Todo aparece normal—dijo—. Si tiene la bondad de esperar unos minutos le diré el resultado de los análisis.

Peter se fumó un par de cigarrillos mientras aguardaba anhelante el fallo del doctor Vance. Un asomo de esperanza se había infiltrado en su mente. Al fin y al cabo, aquellas repentinas muertes de las que fue testigo quizá se debieran a una maldita casualidad. Vanee así lo había expresado y él tenía motivos para estar seguro de saberlo.

Transcurrió media hora larga. Peter comenzó a impacientarse y a sentir nuevos temores. Encendió otro cigarrillo.

Otro cuarto de hora.

Peter ya no fue capaz de dominar su ansiedad. Sin dudarlo abrió la puerta que daba acceso al laboratorio contiguo y penetró en él.

La sangre se le heló en las venas al ver al doctor Vanee grotescamente tendido en el suelo, con las facciones lívidas y contraídas.

Sus dedos estaban aferrados a una cuartilla a medio garrapatear.

Preso de un temblor convulsivo, Peter se arrodilló y leyó el contenido de la cuartilla.

> *”Virus desconocido…, fuerte concentración epitelial y sanguínea…, quizá una variante de la peste bubónica…, contagio mortal…, avisen pronto a las autoridades…”*

Aquél era el veredicto que Vance escribiera durante su agonía; un veredicto implacablemente revelador.

Peter Lemont salió de la clínica aniquilado moralmente. Estaba anocheciendo. Las gentes iban y venían de sus quehaceres con ligera despreocupación. Un chiquillo pasó cerca del joven voceando las últimas ediciones de los periódicos. Al conjuro de las noticias sobre la terrible epidemia que se estaba extendiendo en Londres, los periódicos eran materialmente arrebatados de las manos del vendedor. Ya se habían dado dos casos en Manchester y las autoridades habían tomado cartas en el asunto. Se buscaba activamente a un joven pelirrojo con corbata de lunares azules.

Al desembocar en Berkeley Square, Peter se vio, de pronto, acorralado por varios agentes de paisano que empuñaban revólveres. ¡Le habían descubierto! instintivamente se llevó la mano a la corbata y la miró. Cada uno de aquellos lunares azules era un pregón de su siniestra personalidad.

— ¡No se mueva!—le gritó uno de los agentes— ¡Quédese ahí quieto hasta que le avisemos!

Un amplio círculo de gente curiosa, ávida de contemplarle, se situó en derredor de los agentes. En todos los rostros se leía la repulsión y el odio.

Peter pensó en la muerte como el mejor regalo que la Providencia le podía otorgar. Sentía asco de sí mismo, desprecio, y una ira satánica hacia el profesor Harland.

No tardó en llegar una ambulancia. Uno de los agentes abrió la

portezuela trasera y se retiró a una prudencial distancia.

— ¡Suba!—le gritó haciéndole un persuasivo ademán con el revólver—. ¡Cierre usted mismo la puerta después!

Peter obedeció dócilmente. La ambulancia lo llevó hasta un hospital de infecciosos de las afueras de la ciudad.

Su llegada estuvo revestida de un sinfín de precauciones y medidas de seguridad.

Al día siguiente, aproximadamente a la misma hora, Peter salía del hospital sin ser molestado por nadie. Y era lógico, porque ninguno de los muertos que quedaban dentro podían hacer nada por evitarlo. Enfermos, médicos, enfermeras, personal de oficinas y agentes de Scotland Yard sufrieron paulatinamente los efectos de la aniquiladora enfermedad.

Caminando como un autómata, ajeno a todas las sensaciones exteriores, Peter entró de nuevo en Londres. En Hyde Park se sentó en un banco desocupado. A su lado vio un periódico doblado. Era de aquel mismo día. Las noticias no podían ser más desesperanzadoras. Cerca de diez mil fallecimientos se habían registrado durante las últimas veinticuatro horas. Un pánico colectivo se había apoderado de la ciudad y sus habitantes comenzaban el éxodo hacia otros lugares de Europa.

En un lugar destacado de la primera página venía un artículo firmado por el profesor Harland. Lo encabezaba un enorme titular que decía: “VENGANZA DE MARTE.” El texto aludía a la extinción total de la Humanidad en un plazo de seis meses. Lamentábase el profesor Harland de la incredulidad de las gentes ante sus anteriores vaticinios. Y aseguraba que todo podría haberse evitado empleando la cordura en lugar de una fanática ceguera.

Un pensamiento se infiltró en el cerebro de Peter. Harland no se merecía ser testigo de aquel desastre del cual era único culpable; debía morir en medio de los más horribles sufrimientos, sentir en sus carnes la mordedura de la peste.

Peter se levantó. Flaqueáronle las piernas por la debilidad, pero su voluntad las enderezó vigorosamente. Dos trabajos tenía por delante: borrar a Harland del mundo de los vivos, y erigirse en su propio verdugo. Sobre esta segunda tarea no cabían vacilaciones ni temores egoístas. Estaba obligado a sucumbir antes de que fuera demasiado tarde; se lo exigían la conciencia y el sentido de la responsabilidad.

Siempre caminando, a paso firme sobre las interminables distancias, rehuyendo el encuentro con los peatones, esquivando todo acercamiento, Peter llegó hasta la manzana en que vivía.

Todavía llevaba el revólver en el bolsillo, aquel arma que le arrebatara al profesor Harland en su desesperada huida con Vera Halston. No estaba dispuesto a utilizarlo; prefería ver a Harland retorciéndose en las agonías de la mortal enfermedad.

Al apearse del ascensor tuvo una inspiración. En vez de llamar a la puerta del profesor, exponiéndose al riesgo de ser visto por la mirilla, prefirió asaltar su casa entrando por la galería acristalada. De esa forma evitaría todo conato de huida… si es que Harland estaba allí.

Como hiciera noches anteriores, Peter saltó la baranda y se escurrió sigilosamente hasta el mirador que daba al aposento de trabajo del profesor.

Las luces estaban encendidas, mas el despacho se hallaba vacío. La puerta de cristales cedió a su empuje. Favorecióle hasta el detalle de no tener el pestillo echado.

Se introdujo silenciosamente en el aposento. En aquel momento, algún reloj de la casa comenzó a dejar oír las campanadas horarias.

—Es temprano—dijo la voz de Harland al otro lado del despacho —. No se marche todavía. Venga conmigo y le enseñaré esas cosas que le interesan. Incluso es posible que me decida a ofrecerle mi ayuda.

Peter esgrimió el revólver. Bullíale la sangre en las venas compenetrándose esta agitación con sus ansias de matar. Quienquiera que fuese el visitante asistiría al desenlace del drama, igual si era terrestre como marciano o venusiano.

Peter se hizo hacia atrás hasta arrimar la espalda al ventanal abierto. Su rostro aparecía crispado siniestramente; relampagueaban sus azules ojos; y sus dedos oprimían con firmeza férrea la culata del revólver.

La puerta del despacho se abrió.

El profesor Harland entró… seguido de Vera Halston.

CAPÍTULO VI

PETER dio media vuelta y atravesó el ventanal como alma que lleva el diablo. Zumbábale en los oídos el grito de Vera llamándole. Tropezando, saltando por encima de todos los obstáculos que se le ponían por delante, ahogado por la desesperación, cruzó su casa de un extremo a otro y salió a la escalera.

En ese instante abrió la puerta Vera.

—¡No te acerques!—rugió Peter—. ¡Quítela de en medio, Harland!

El profesor la asió por los hombros apartándola violentamente del rellano.

—¡Escúchame; Peter!—chilló ella pugnando por desasirse—. ¡Tengo la culpa de lo que te ocurre! ¡Déjame que hable contigo!... ¡Peter!...

Peter sintió como si el corazón se le desgarrara. Desobedecer a aquella súplica era un esfuerzo superior a su voluntad. Su mirada quedó prendida del apasionado ardor que había en los ojos de ella.

Cual hoja de un estilete al rojo vivo se le clavó a Peter en la mente la idea de que los estaba matando, de que en cualquier momento podía producirse la fatal aproximación de Vera.

Echó a correr escaleras abajo. Y un momento después, ya en la calle, su carrera siguió hacia los muelles. Continuaba oyendo la voz de Vera llamándole. Creyó que sería una sensación ilusoria, pero cuando se detuvo para recobrar el ritmo de la respiración la vio correr

alocadamente en su dirección. La gente contemplaba atónita la persecución. Todos ignoraban cuál era el móvil de la misma, pero presentían el brutal dramatismo que impulsaba a aquellos jóvenes. Imperaba en el ambiente la nota trágica, el alborear de una terrible historia.

Instintivamente, Peter redujo su velocidad al distinguir entre las sombras la imponente figura de un policía uniformado. Pasó por delante de él conteniendo la respiración. Unas yardas más allá estaba el muelle junto al cual desembocaba el Támesis. Dos barcos con todas las luces encendidas y las pasarelas a punto de ser retiradas, se disponían a partir. Las sirenas de uno de ellos rasgaron el silencio de la noche con lúgubres sonoridades.

Peter se alejó hacia la zona de los “docks”. Protegido por la oscuridad llegó hasta el mismo borde del muelle. A través de la débil neblina contempló las aceitosas y brillantes aguas. Buena era la solución, pensó febrilmente. Aquella fría mortaja lo aislaría definitivamente del resto de sus semejantes.

— ¡Peter!...—la desgarrada voz de mujer sonó a sus espaldas, desfigurada por las resonancias del tinglado.

El joven se aplastó contra una hilera de sacos y miró de reojo en la dirección donde supuso estaría Vera.

Vio su silueta estilizada cruzar uno de los “docks” y detenerse junto a un “policeman”. Hablaron durante unos segundos y luego echaron a andar hacia él.

Se le agolpó el corazón a la garganta. ¡Ni morir siquiera le dejaban!

Cautelosamente giró alrededor de la pila de sacos y emprendió rápidamente el paso en dirección a los buques dispuestos a zarpar.

—¡Peter!...—la voz angustiada de Vera sonó esta vez más cercana.

No quiso volverse para evitar ser reconocido. Se había trazado ya un plan y nada le haría apartarse de él.

En el mismo instante en que iba a ser retirada la pasarela de uno de los barcos, Peter puso su pie en el primer peldaño.

—Su billete, por favor—demandó el empleado que había arriba.

—Lo pagaré en las oficinas del barco. Tenga esto a cuenta y déjeme pasar.

El empleado miró vacilante el fajo de billetes de cinco libras que el recién llegado le tendía. Por fin se hizo a un lado y le dejó pasar rehusando tomar el dinero. La notoria solvencia del pasajero excusó sus temores de que tratara de introducirse como polizón.

El buque largó amarras y salió lentamente del puerto. Con el

mayor sigilo, Peter se escabulló hacia la proa. Le amparaban la oscuridad y la niebla. Al llegar junto a uno de los botes de salvamento pensó que aquél sería un excelente refugio hasta que su mente hallara una solución factible de ser llevada a la práctica. Sin saber por qué había desechado la idea del suicidio. Una especie de fe hacia el futuro comenzaba a alentarle; presentía vagamente que la mano de Dios intervendría más tarde o más temprano.

Levantó la lona que cubría el bote y se introdujo en él. El rítmico ruido de los motores le produjo una dulce somnolencia.

Cuando despertó se llevó uno de los mayores sobresaltos de su vida. La lona que le cubría había desaparecido. El sol declinaba en el horizonte, y todo cuanto se alcanzaba a ver era la desierta planicie de las aguas.

Le llamó también la atención el hecho de que las máquinas estuvieran paradas. No se veía un alma por la cubierta. El silencio era impresionante.

Al ir a incorporarse, Peter vio en uno de los banquillos del bote un papel con un cuchillo clavado encima. El texto era breve:

"Encontrará provisiones en la cantina."

Estaba claro como la luz del día. Su identidad había sido descubierta, y el barco abandonado por la tripulación y pasajeros.

* * *

Aquel insignificante penacho de humo se convirtió una hora más tarde en la imponente mole de un destructor inglés.

Provisto de unos anteojos, Peter observó con curiosidad el inusitado ajetreo reinante en la cubierta del barco de guerra. Y su curiosidad se transformó en temor cuando vio girar sus cañones de proa y apuntar al único blanco existente en el Océano.

Saltaba a la vista que las autoridades británicas habían tomado su decisión con respecto a él. Eliminarle era la orden del día.

Brotaron dos fogonazos de la cubierta del destructor. Y casi simultáneamente otros dos más.

Los cuatro proyectiles alcanzaron de pleno al buque. Peter rodó sobre la cubierta en medio de una lluvia de cascotes y fragmentos incendiados.

Aturdido por las explosiones, se incorporó tambaleándose. El resto de sus esperanzas de sobrevivir al ataque se desvaneció al contemplar tres estelas blancas que se dirigían velozmente hacia el escorado barco. ¡Torpedos! Peter se santiguó. Segundos más tarde, una apocalíptica explosión lo lanzaba por los aires como un cascote más.

CAPÍTULO VII

EL resplandor se fue aproximando lentamente.

Había hecho su aparición en el cielo poco después de que se esfumaran definitivamente los grisáceos contornos del destructor inglés.

Al principio, Peter había achacado el curioso fenómeno a alguna perturbación atmosférica o a una posible alucinación de sus trastornados sentidos. Tampoco le dio una importancia excesiva. Asido a un fragmento de mástil, entumecido por el frío y con las fuerzas cada vez más debilitadas por el continuo vaivén de las olas, no

existían para él los motivos de sorpresa o alegría. Lo único que le mantenía sobre las aguas era el instinto de conservación; un sentido puramente animal puesto que no obedecía a ninguna razón lógica. Ni podía esperar ayuda ajena ni podía ayudarse él mismo. Simplemente era cuestión de esperar que uno de los embates le desposeyera de su asidero arrastrándole a los abismos del Océano.

Sin embargo, aquel resplandor azulado proveniente del cielo y que ahora tomaba contacto con la superficie de las aguas le produjo una intensa transformación emocional. No era casual que se le estuviera acercando ni tampoco podía ser objeto de temor por cuanto que para morir no necesitaba del tiro de gracia.

La luminosidad se extinguió. Forzando la vista para penetrar en la semipenumbra del anochecer, Peter distinguió unas formas aerodinámicas de color oscuro rematadas por el achatado perfil de una torreta blanca. De haber surgido de las aguas no habría costado trabajo identificarlo como un submarino. Viniendo de los cielos y sin estruendo de motores la explicación más aceptable era la de que se trataba de una nave extraterrestre.

El objeto se deslizó con suavidad, sorteando los ennegrecidos restos del naufragio, hasta situarse a pocas yardas de Peter. En la torreta se abrió una escotilla en forma de ojiva. En el hueco, con un fondo de luz amarilla, se destacó una silueta que muy bien podía ser humana.

—¿Es usted Peter Lemont?—la voz habló en un inglés perfecto pero carente de matices.

Peter contestó afirmativamente. Su grito, en cambio, debió parecer emitido por un ser mezcla de hombre y fiera. En él se acumularon la sorpresa, el júbilo, la gratitud y un despertar de mil sensaciones distintas.

En cuatro brazadas arribó hasta el borde de aquel enorme artefacto volador.

—¡Suba!—le invitó el hombre cuya figura se destacaba en la torreta—. ¡No tenga ningún temor!

Peter se alzó a pulso con una agilidad que a él mismo sorprendió. Tras enderezarse anduvo por el ancho saliente de la astronave y llegó a la escotilla.

Contempló asombrado al hombre que le esperaba. Era un individuo de estatura parecida a la suya, bien constituido y broncíneas facciones. Su atuendo consistía en un ajustado traje como de punto que le recubría el cuerpo desde la frente hasta los tobillos, con la sola excepción del rostro. El tejido era rojo y. ligeramente reluciente.

Peter se mantuvo prudencialmente alejado.

—Debo advertirle, quienquiera que sea usted, que estoy contaminado por una enfermedad incurable y mortalmente contagiosa —díjole impulsado por la nobleza a que le obligaba el providencial salvamento.

—No se preocupe. Somos inmunes a las enfermedades propiamente dichas. Dese prisa en pasar. Es imprescindible que nadie nos vea.

Peter pasó a una cabina circular en la que se veían gran número de mecanismos y controles adosados a las paredes. El mobiliario consistía en una fila compuesta de cuatro sillones fijos al suelo por medio de ejes oscilantes. Una especie de ventilador de aletas distribuía la luz a todos los rincones de la estancia, con la rara particularidad de evitar el sombreado de los objetos.

—Mi nombre es Zwelten 99976—dijo el individuo al tiempo que manipulaba un resorte que hacía girar la puerta de la escotilla—. Pertenezco a la Policía Sideral de Venus en calidad de lo que ustedes llamarían intérprete piloto. Recibí órdenes de venir en su auxilio. Siéntese en el primero de los asientos; vamos a despegar.

Peter obedeció buscando, intrigado, un cinturón al que asir su cuerpo para contrarrestar la inminente aceleración de la astronave.

—¿Qué es lo que desea?—inquirió Zwelten.

Peter se lo explicó.

—No notará usted nada—manifestó Zwelten sonriendo—. Esta cabina va en el interior de un recipiente que contiene borano a una presión regulada para amortiguar todas las fuerzas de choque. Si le he dicho que se sentara es porque supuse que estaría usted fatigado a causa de los trances por los que ha atravesado.

Zwelten ajustó cuidadosamente una veintena de mandos y, a continuación, ocupó el sillón más próximo a Peter.

—¿Qué tal? ¿Ha notado algo?—le preguntó cordial.

Peter meneó negativamente la cabeza.

—¿Estamos subiendo ya?

—Según las mediciones terrestres calculó que nos hallaremos a unas quince millas de la superficie.

—En otros tiempos me habría sorprendido—dijo Peter—. Ahora lo único que me extraña es seguir viviendo. Permítame que le haga una pregunta. ¿Es usted amigo o enemigo?

—Amigo, naturalmente—replicó Zwelten—, Creo haberle dicho que el planeta del cual procedo es Venus; y Venus no tiene enemigos en todo el Universo. Allí vivimos al margen de las injusticias sociales y de las ambiciones desmedidas. No intervenimos en nada que no nos

concierna, no participamos de las guerras cósmicas, no utilizamos la ciencia para destruir. Todo eso quedó enterrado en los orígenes de nuestra historia. Ustedes, los terrestres, están atravesando uno de los períodos críticos que los conducirán a la perfección. Es posible que, dentro de diez mil años, la hayan alcanzado, siempre y cuando que sobrevivan a los ataques de otros mundos, de Marte, por ejemplo.

Peter trató de asimilar la explicación del venusiano. Sin embargo, sus esfuerzos se estrellaron contra su modo de considerar la lógica.

—Si no intervienen en asuntos que le son ajenos, ¿por qué le ordenaron salvarme?—inquirió.

—Su caso es muy especial. Usted representaba para la Tierra un peligro enorme, una amenaza de total extinción de la Humanidad. En Venus recibimos una comunicación solicitando nuestra ayuda… Fue expuesto el asunto a la Mente y su aprobación lo resolvió todo.

—¿La Mente?—Peter enarcó las cejas en un gesto de incomprensión.

—Son cosas que irá usted aprendiendo con el tiempo—respondió Zwelten—. Lo principal que debe usted saber es que en Venus puede curarse, sea cual sea su enfermedad. Después que se restablezca optará por quedarse allí o regresar a la Tierra.

—Nunca imaginé que en otros mundos pudieran existir habitantes semejantes a los terrestres—declaró Peter admirativamente—. Es maravilloso que así ocurra.

—En Venus existen multitud de razas distintas y ninguna predominante. Cada una tiene una misión específica asignada, a cada una le corresponde un peldaño de la sociedad, pero manteniéndose todas en un mismo plano de igualdad.

—¿Quiere decir que animales y hombres conviven y se entienden entre sí?

—Nuestra manera de convivir es distinta pero, en general, el concepto que usted acaba de aplicar es bastante aproximado. Lo entenderá usted mejor si le digo que, lo mismo que fui yo a la Tierra a recogerle pudo ir un “vitévurus” de cinco brazos. Naturalmente fui elegido para evitarle a usted una embarazosa travesía.

—¿Será apta la atmósfera de Venus para mis pulmones?—Peter comenzaba a encontrar grata la compañía de Zwelten.

—Un error generalizado en la Tierra es el de que en los demás planetas existen atmósferas distintas. Exceptuando Júpiter y los asteroides, las condiciones climatológicas de los demás mundos de nuestro sistema no son mejores ni peores que las terrestres. Cuando llegue usted a Venus podrá conocer nuevas y maravillosas leyes que rigen el Universo. La composición de los planetas y sus distancias que

los separan del Sol son factores que deberían influir en el estado de sus respectivas atmósferas. Sin embargo, esas leyes que le he citado ejercen compensaciones en la dilatación, concentración y liberación de gases.

—Me parece que voy comprendiendo. Voy a ponerle un ejemplo y usted me dirá si estoy equivocado. Sustituiremos los planetas por hombres que, al fin y al cabo, son cuerpos relativamente igual de libres. Un hombre habita en las zonas tórridas y las reacciones químicas de su cuerpo hacen posible la aclimatación; alimentos distintos, proporcionada eliminación sudorífica, mayor capacidad para la ingestión de líquidos. En contraposición tenemos al hombre que habita en el casquete polar, con sus reservas de grasa y otras apropiadas generalidades. Ambos hombres viven y respiran idénticamente. ¿Es eso lo que sucede con los planetas?

—Exactamente.

—Será una buena noticia para los terrestres, que ya se hallan en el comienzo de la era espacial. Nuestros científicos se devanan los sesos intentando hallar fórmulas y soluciones al problema insoluble de las atmósferas de otros mundos.

Zwelten dejó asomar una sonrisa irónica.

—Cuándo nosotros nos encontrábamos en las condiciones actuales de la Tierra aún transcurrieron cientos de generaciones hasta efectuar los primeros ensayos de navegación interplanetaria.

Peter cambió de postura. Sus facciones se contrajeron en un involuntario gesto de cansancio y fatiga.

—¿Es muy largo el viaje?—preguntó sonriendo débilmente.

Zwelten se levantó para abrir un pequeño armario y sacar de él un estuche de píldoras. Le ofreció un par de ellas a Peter.

—Perdone que se me haya pasado por alto este detalle—se excusó —. Es un alimento especialmente concentrado para la navegación estelar. Se sentirá usted nuevo después de habérselas tomado.

Peter se las tragó con no poca dificultad a causa de la sequedad de su garganta. Casi inmediatamente notó un gran bienestar unido a una mayor sensación de optimismo.

Hubo una larga pausa entre los dos hombres. Recuperadas sus fuerzas, Peter se dedicó a examinar los detalles interiores de la astronave. La carencia de miradores hacía que resultara imperceptible la traslación y sus consiguientes efectos.

Al cabo de unos minutos, Peter cayó en la cuenta de un detalle importante.

—Me dijo usted que había recibido instrucciones de salvarme.

¿Cómo pudieron enterarse de mi situación?

—También se lo dije—replicó Zwelten—. La Policía Sideral de Venus captó un mensaje terrestre dando cuenta de lo que sucedía. Comprobóse la veracidad del informe y se actuó en consecuencia.

—¿Sabe usted el nombre de la persona que transmitió dicho mensaje?

Zwelten asintió.

—Un hombre amigo de Venus... el profesor Harland.

A Peter le dio vueltas la cabeza. Siendo Harland su peor enemigo, ¿cómo se explicaba que interviniera tan decisivamente en su salvación? ¿Acaso los remordimientos de conciencia?

—Es curioso...—murmuró Zwelten observando las oscilaciones de una aguja indicadora—. Parece que tratan de interceptar nuestro paso. Excúseme un momento.

El venusiano concentró su atención en el complicado instrumental de la astronave manejando activamente la mayor parte de sus mandos. Cuando regresó al lado de Peter había en su rostro una rara expresión.

—Nos atacan tres astronaves marcianas—explicó—. Cuesta trabajo creer que Marte viole el Código Sideral sin existir ninguna razón para ello —Zwelten escrutó fijamente a Peter—. ¿Es posible que sea usted la causa?

Tras un instante de titubeo Peter asintió.

—Es una historia un poco larga—dijo—. Quizá obré equivocadamente al no referírsela antes. ¿Qué consecuencias puede acarrear este combate interplane-tario? ¿Tal vez una ruptura de relaciones entre Marte y Venus?

—La primera consecuencia pudiera ser la de que usted y yo no lleguemos vivos a ninguna parte—respondió severamente Zwelten.

CAPÍTULO VIII

HARLAND salió a abrir la puerta.

—¿Usted aquí otra vez?—una sonrisa falsamente obsequiosa curvó sus descoloridos labios al ver a Vera Halston—. Francamente, no esperaba volver a verla tan pronto.

Vera penetró en silencio. Sus pupilas eran dos heladas gotas de oro. Al llegar al aposento de trabajo se volvió lentamente hacia el profesor.

—Acabo de escuchar la radio—la frialdad de su tono dio una siniestra significación a aquella sencilla frase—. El “Rubicón” va a ser cañoneado por unidades de la marina inglesa.

Harland indicó a la joven que tomara asiento. Luego lo hizo él en un sillón enfrentado al de Vera.

—Me enteré hace un momento—replicó. Y agregó cínicamente—: Eso va a echar a perder todos mis planes. Aunque, tal vez, la epidemia se propague de todos modos.

— ¡Es usted un canalla!—la exclamación sonó como un disparo—. ¡Un monstruo sin conciencia, un perfecto malvado!

—¿Por qué?—Harland imitó una sonrisa de inocencia—. ¿He hecho algo que no se haya podido evitar de antemano? ¿No avisé a las autoridades, no ofrecí generosamente el resultado de mis veinticinco años de investigaciones, no concedí un plazo para que los hombres de ciencia de todo el mundo pudieran hacer prevalecer la cordura, en lugar de mantenerse ciegos a la evidencia? ¿Por qué me acusa, entonces? ¿Qué hay de malo en que si nadie me ha hecho caso, yo obre de igual modo con el resto de mis semejantes?

—Hay de malo que usted está completamente loco —en las pupilas de Vera había algo que inducía a creer en una animosidad que no se resolvería en una simple conversación—; y hay de malo, también, que usted no es quién para juzgar y condenar a la Humanidad por el mero detalle de que le quieran ignorar.

—Bien, ¿y qué?

—Que da la casualidad de que yo no quiero que Peter Lemont muera. Hace unas horas usted prometió ayudarme. He venido a exigirle que cumpla su promesa.

Harland entrelazó sus dedos.

—Mi querida señorita Halston—dijo con tolerante acento—, yo le ofrecí mi ayuda a usted. Recuerde que la aparición inesperada de su amigo dejó pendiente esta cuestión. Ahora se la puntualizaré. Usted tuvo fe en mí desde el principio, usted me defendió valientemente en uno de sus artículos periodísticos, usted se ha enfrentado a mí porque sabe que no soy un impostor. Ese crédito que usted me ha concedido se ha merecido mi reconocimiento. Estoy dispuesto a salvarla. ¿Le agradaría ir a Marte?

Los ojos de Vera adquirieron el fulgor de brasas incandescentes.

—Quiero que salve a Peter Lemont—dijo suavemente.

Harland dejó escapar una risa sardónica.

—¿Solamente eso? ¿Y no desea también que ejerza el milagro de su curación?

—Eso es exactamente lo que pretendo.

El profesor volvió a reír.

—Permítame que le diga que es usted infantilmente absurda. Peter Lemont ha dejado ya de interesarme como sujeto de experimentación. Su suerte la han decidido los organismos oficiales. Entiéndase usted con ellos.

—Me entenderé con usted—un revólver apareció en la diestra de Vera—. ¿Sigo siendo tan infantilmente absurda?

Harland no se inmutó.

—Sigue siéndolo, mi querida señorita Halston—replicó—. Desde hace mucho tiempo dejé de conceder importancia a la vida. Y desde hace una semana solo me ha interesado una cosa. Resuelta esta última preocupación, lo mismo me da morir de un balazo en el corazón que sentirme contagiado por la peste que invade Londres. Sin mí, la exterminación proseguirá igualmente. Así es que puede apretar el gatillo, preciosa.

—No se haga ilusiones, Harland. Para morir fácilmente estamos preparados todos. Pero, ¿sabe usted lo que significa llevar en el

estómago un par de onzas de plomo durante más de una hora? ¿Cree que lo resistiría?

Harland se puso en pie con expresión indiferente. Indiscutiblemente era un individuo perturbado, un poseso maniático al que con dificultad podría amedrentársele.

Con la barbilla apoyada en una mano comenzó a pasear por delante de Vera.

—Usted pretende que yo salve a Peter Lemont —declaró sin levantar la vista del suelo—. No sabe, sin embargo, cómo podría hacerlo; no me da ninguna solución satisfactoria, sino solamente me dice que le salve. Probablemente, el "Rubicón" se hallará a punto de ser alcanzado por nuestros barcos de guerra. Cabe dentro de lo posible que Peter consiga salir indemne del cañoneo, cabe suponer que durante varias horas se mantenga a flote en la superficie del mar... ¿Qué hora lleva usted?

Vera consultó su reloj de pulsera.

—Las cinco y diez—contestó con sequedad.

—¿Las cinco y diez?—Harland alzó la vista sorprendido—. Su reloj va muy atrasado. Yo llevo las siete menos cuarto. Mírelo usted misma.

Harland acercó su muñeca izquierda al rostro de Vera.

La joven cayó en la trampa. La distracción originada por su mirada al reloj del profesor fue aprovechada por éste para intentar desarmarla. Hubo un violento forcejeo por la posesión del arma. Con un brillo satánico en los ojos, Harland trataba de contrarrestar el ímpetu juvenil de Vera con toda una gama de innobles recursos.

—¡No te saldrás con la tuya!...—rezongó con los dientes rechinantes—. ¡Yo te enseñaré a jugar con la pistola, te demostraré que no soy tan inofensivo como los demás creen! ¡Te ofrecí una oportunidad y...!

Vera resbaló y cayó al suelo a los pies del profesor. Conservaba todavía el revólver. Levantó trémula el brazo. Apretó el gatillo.

Harland frenó en seco su acometida llevándose una mano a la sien izquierda. La retiró sangrante.

— ¡No se mueva o volveré a disparar!—exclamó Vera incorporándose. Solo le había causado un rasguño superficial pero fue suficiente para contener los ánimos de Harland—. ¡Retírese al fondo de la habitación! ¡Rápido!

Entre atemorizado y sorprendido, Harland obedeció.

—Dispongo de cinco minutos para entretenerme con usted—declaró Vera jadeante por el esfuerzo anterior—. Ese es el plazo que le

concedo para que salve a Peter Lemont.

— ¡No lo haré!—había un fulgor asesino en los ojos de Harland—. Sería muy divertido para ti que te salieras con la tuya, ¿no es cierto? Irías a contárselo a todo el mundo, te vanagloriarías de haber cambiado el destino de la Humanidad...

Sonó otra detonación. Apareció una rojiza muesca en la oreja derecha del profesor.

—La próxima vez apuntaré al estómago—anunció Vera, crispados los labios por una terrible sonrisa.

Harland tragó saliva. En la expresión de sus facciones se confundía el dolor físico con la ira que le embargaba.

—¡Maldita seas una y mil veces!—escupió con malvada ferocidad —. Si alguna ocasión llegas a caer en mis manos ¡por éstas que has de llorar lágrimas de sangre!

—Basta ya de comedia—Vera acortó la distancia que los separaba —. A mi paciencia le queda un límite de cuatro minutos. Saque la solución de donde sea.

—Si es tan lista, ¿por qué no la busca usted?

Vera consultó su reloj.

—Tres minutos y medio—dijo impasible.

La sangre empapaba ambas mejillas del profesor dándole un aspecto siniestro y repulsivo. Tras unos instantes de indecisión, meneó la cabeza negativamente.

— ¡No!...-—exclamó—. ¡No me lo perdonaría jamás! ¡Haga lo que quiera, dispare ya!...

Su terquedad no tenía nada de racional. Vera lo comprendió así y consideró que tendría que hallar fórmulas más convincentes. De todos modos, agotaría hasta la última reserva de aquel ultimátum.

—Dos minutos y medio—la joven encogió perceptiblemente su dedo índice. Una fracción más de pulgada y sonaría el tercer disparo.

La lividez del rostro de Harland adquirió tintes grisáceos. Era evidente que sostenía una cruenta batalla consigo mismo. Se había dado perfecta cuenta de que la muerte le miraba cara a cara, de que su existencia pendía de un sostén tan ligero como un cabello.

—Un minuto—Vera alzó el revólver de modo que el cañón apuntara al segundo botón de la chaqueta de Harland.

El profesor se encogió de hombros. Gruesas gotas de sudor perlaban su frente.

—Está bien—dijo con voz entrecortada—. No le respondo de nada. Guárdese ese maldito revólver.

Vera se retiró unos pasos y se sentó en el borde de un sillón desde el que se dominaba todo el aposento. Cambió su pistola de una mano a la otra para descansar. Momentáneamente había ganado el envite. De todas maneras se guardó muy bien de confiarse puesto que le pareció apreciar en la expresión de Harland algo así como una expresión de astucia rápidamente disimulada con un gesto de abatimiento.

—Veremos qué se puede hacer—dijo el profesor sentándose ante uno de los radioemisores—. Quizá llegaran a tiempo las astronaves de Marte...

—¿Y por qué no de Venus?—cortó la muchacha—. Usted me refirió antes que allí conocían los idiomas terrestres, y que existen hombres y mujeres como nosotros.

—Tardarían más de cinco horas en llegar. Demasiado tarde.

—No importa—rebatió Vera con decisión—. Tanto da cinco como diez horas. Solicite la ayuda de Venus.

Después de múltiples tanteos y esperas, la impaciencia de Vera se vio premiada con unos melifluos sonidos procedentes del altavoz, que Harland tradujo seguidamente como una salutación de los escuchas siderales de Venus. Minutos más tarde, los sonidos se convirtieron en el desgranar de unas frases perfectamente pronunciadas en inglés.

Harland expuso brevemente el caso, omitiendo los detalles que le afectaban, y acto seguido la voz del operador venusiano manifestó que sería presentado a la aprobación de la Mente.

Durante la pausa que siguió, Harland se enjugó la sangre del rostro con un pañuelo y pareció disminuir su excitación.

—Y después que Lemont sea salvado, si es que no ha muerto ya, ¿qué hará usted?

—Acudir a la policía y exponerle el asunto para que tome cartas en él—replicó la joven siempre atenta a su vigilancia sobre Harland—. Les demostraré que usted es el culpable de la epidemia que asola a Londres.

Harland fue a hablar pero se le anticipó la lejana contestación del operador de Venus.

—“La Mente ha decidido acudir en auxilio de Peter Lemont. Una astronave se dirige ya hacia la Tierra. Requerimos del punto de localización del barco “Rubicón”.

Harland facilitó los datos geográficos que la Prensa y Radio diera a conocer en las referencias del suceso. Después cortó la transmisión.

Vera le señaló el transmisor con el revólver.

—Vuelva a conectar y emita el mensaje que le voy a dictar—le

ordenó.

Harland la miró intrigado.

—¿Qué mensaje?

—Repetirá, palabra por palabra: “Ninguna contraorden variará la anterior petición de ayuda, provenga de quien provenga. Aunque yo mismo se les pidiera o rectificara el presente texto, Peter Lemont no debe ser desasistido.”

El profesor Sonrió sardónico.

—¿Es eso lo que teme de mí?—inquirió.

—Por si acaso siente tentaciones de rectificar —contestó Vera.

Harland cursó el mensaje.

—¿Qué más, señorita Ralston?—interrogó una vez cumplimentado el encargo—. ¿Ya está satisfecha de su filantrópico proceder?

—Lo estaré si sale todo a la medida de mis deseos—Vera se apeó de su improvisado asiento y se retiró hasta la puerta—. Solo una advertencia: si persiste en su criminal actitud, si niega a la policía la veracidad de mis declaraciones, si intenta otra maniobra que atente contra la seguridad de la Tierra, le mataré con la misma facilidad que le he destrozado la oreja. Puede que usted no sienta deseos de vivir… o puede que sí.

Vera se retiró con presteza cerrando la puerta tras de sí.

Una vez se hubo quedado solo, el profesor Harland procedió a estañarse las heridas y después se apoltronó en el sillón que presidía su mesa de trabajo. Durante un par de horas permaneció ensimismado, absorto en complicadas meditaciones.

Cuando en el reloj del aposento sonaron las campanadas de las ocho, irguió su enflaquecido cuerpo, y en su rostro se reflejaron las inequívocas señales de haber dado conclusión a un plan que desbarataría el proyecto de Vera Halston.

Enfrentado al transmisor de Marte manipuló durante largo rato el teclado de señales confrontando cada respuesta con el código de claves. Luego tradujo para sí mismo la síntesis del mensaje que acababa de transmitir.

—“…la astronave de Venus debe ser derribada apenas salga de los límites terrestres en su viaje de retorno. Peter Lemont es su pasajero, Lleva instrucciones concretas para llevar a cabo una coalición entre la Tierra y Venus con el fin de impedir la expansión estelar de Marte. Peligro inminente de conflagración interplanetaria. Lemont no debe llegar con vida a Venus…”

CAPÍTULO IX

NO va a hacer nada por evitarlo?—inquirió Peter ante la tranquila pasividad de Zwelten—. ¿No hay ningún modo de rehuir el combate? ¡Son tres astronaves contra la nuestra!

Zwelten encendió un cuadrante adosado a un bastidor movible y regresó junto a Peter sentándose en el asiento contiguo.

—No rehuiremos el combate—contestó impasible—. Vamos a intentar salir triunfantes de él.

—Pero, ¿cómo? ¿Quedándonos aquí quietos, sin siquiera ver lo que ocurre?

Zwelten señaló el cuadrante iluminado.

—Lo verá todo perfectamente. En el argot de ustedes los terrestres, ese objeto es una pantalla de televisión. En ella se recogerán las imágenes de las cuatro astronaves. Mire, ya están ahí. La nuestra es la sombreada con rayas negras. Parece ser que vamos a emplear la táctica “RX-55”; no estoy muy seguro todavía...

—¿Parece ser?—Peter estaba cada vez más confundido—. ¿Quiere decir que usted no dirigirá las maniobras? ¿Acaso hay a bordo otros tripulantes?

Zwelten meneó la cabeza negativamente.

—-Nadie más que nosotros viaja aquí—contestó—. Nuestros movimientos y nuestras tácticas, lo mismo que los disparos, serán realizados por medio de un control remoto. La Mente es, de ahora en adelante, el piloto y artillero de esta astronave. Preste atención a la pantalla.

Peter dirigió su mirada al rectangular cuadrado luminoso y observó fascinado la extraña escena que en él se representaba. Tres sombras semiesféricas, semejantes a peonzas, evolucionaban en torno a un objeto alargado cuyas formas aparecían cruzadas por rayas negras y grises. El cerco se iba estrechando por instantes, a la vez que las figuras aumentaban de tamaño. De una de las astronaves marcianas surgió un finísimo haz de luz que pasó rozando el objeto central y se perdió en los límites de la pantalla.

—Hemos saltado a tiempo de evitarlo—dijo Zwelten con su serenidad característica— La Mente ha previsto el instante justo en que se produciría el disparo. Ya tenemos un tanto a nuestro favor puesto que el proyectil volverá a su punto de partida. Obsérvelo usted.

Efectivamente, por idéntico sitio en que desapareció el haz

luminoso volvió a surgir recorriendo una elíptica para alcanzar a la astronave. Se produjo un pequeño chispazo y la nave marciana se diluyó sin dejar rastro.

—No puedo comprenderlo—murmuró Peter atónito—. ¿Qué es lo que ha ocurrido?

—Luego se lo explicaré. Ahora hemos disparado nosotros... ¡Acertamos!

Otro fogonazo y nueva astronave marciana desintegrada. El duelo había quedado reducido a fuerzas iguales. Peter respiró aliviado.

—Si hubiéramos fallado—comenzó a decir.

—...el proyectil habría hecho blanco en nosotros —manifestó Zwelten. Y agregó—: No se confíe y absténgase de moverse del asiento. El peligro es mayor que nunca.

Peter contempló cómo las dos astronaves recorrían direcciones contrarias aproximándose velozmente. Parecían ir a chocar de un instante a otro; el espacio que mediaba entre ellas era inverosímil.

Peter miró a Zwelten. Este permanecía asido a los brazos de su sillón basculante, con el ceño arrugado por la ansiedad, y tensos los músculos de su poderoso cuerpo.

—¡Sujétese bien!—le ordenó volviéndose rápidamente hacia él—. ¡Vamos a saltar!

Como en un sueño, sin apenas sentir la sacudida, Peter se vio envuelto, de pronto, en la más tenebrosa oscuridad. De momento no supo lo que había sucedido. Estaba aturdido, asustado de aquel brusco cambio experimentado. Podía ver las estrellas; las estaba viendo en todos los sectores que abarcaba su vista; eran como enormes globos luminosos que flotaban sobre su cabeza, a sus pies, lo mismo delante que detrás. Y lo que era más curioso: se movían; aquella rítmica oscilación parecía fruto de un desvarío de los sentidos.

Se dio cuenta, sin embargo, de lo engañoso de la sensación. Quien se movía era él. A cada aspiración de sus pulmones le sucedía un balanceo que le hacía hasta cambiar totalmente de postura. Peter flotaba en el espacio, aislado de toda atracción gravitatoria. Su primera impresión fue de alarma. Pensó justificadamente que aquel ambiente falto de oxígeno le asfixiaría en contados segundos. Comenzó a sentir la sensación de ahogo; le entró una tos seca y espasmódica. Al llevarse la mano a la boca, gesto puramente instintivo, se apercibió asombrado de que una escafandra le protegía el cráneo. Miró sus manos, y luego examinóse el resto del cuerpo. Todo él iba envuelto en un delgado traje de plástico ligeramente hinchado por algún gas desconocido. Instantes más tarde cayó en la cuenta de otro detalle, quizá el más importante: podía ver en la

oscuridad, mejor dicho, podía verse a sí mismo. No podía ser otra la causa, díjose, sino que el traje era luminoso. Sus propias palabras retumbáronle en los oídos con una intensidad que casi le ensordeció.

Se preguntó dónde estaría Zwelten, si también se habría salvado como él, o habría perecido en la colisión de las dos astronaves. Empezó a sentirse desasosegado. ¿Qué haría ahora, perdido en la inmensidad de los espacios siderales? ¿Qué solución habría para aquel terrible problema? Si al menos viviese Zwelten…

Ensayó una postura diferente. Sus torpes movimientos le desplazaron violentamente del sitio. Las estrellas que antes tenía arriba se hallaban ahora debajo de él. Era extraordinario lo que podía lograr con un leve impulso. A lo largo de sus trabajos literarios, Peter había descrito muchas veces situaciones como la presente; pero siempre el ingenio fértil del protagonista había encontrado un recurso para escapar de la muerte; siempre había una puerta abierta por donde regresar tranquilo y sonriente a la Tierra; y allí le esperaba una hermosa muchacha rubia que, tras oír el relato de sus hazañas, le besaba apasionadamente.

Peter sonrió con amargura. Ahora estaban todas las puertas cerradas; los muros de tinieblas eran infranqueables; los peligros cósmicos, insuperables. Sólo era cuestión de esperar el primer fallo del suministrador de oxígeno.

Un puntito luminoso se movió a una regular distancia de él. Al principio creyó que sería el titilar de una lejana estrella. Salió pronto del error al precisar que el brillante objeto se aproximaba lentamente.

—¡Zwelten!—gritó alentado por una alegría incontenible—. ¡Estoy aquí, cerca de usted! ¿Puede verme?

El silencio fue la respuesta. Era natural, reflexionó Peter. El sonido de su voz no podría traspasar los límites del yelmo.

Pero, inesperadamente, sonaron dentro de la escafandra las palabras de Zwelten.

—Tenga cuidado, Lemont—advertía el venusiano con voz muy amortiguada—. Estoy tratando de llegar hasta usted pero aún tardaré bastante. Mis rotores de desplazamiento funcionan deficientemente. ¿Me ha entendido?

—Le oigo perfectamente—contestó Peter con acento de júbilo—. Además, le estoy viendo. No sabe la alegría que…

—Escuche, Lemont—interrumpió Zwelten—; no es a mí a quien está viendo. Por eso le advertí que tuviera cuidado.

El corazón le dio un vuelco a Peter.

—Entonces, ¿quién diablos es?—inquirió con voz ronca.

—El piloto de la nave marciana, supongo—contestó Zwelten—. Sin duda se prepara para atacarle. Ponga atención a mis instrucciones. En la manga derecha de su traje tiene un cuchillo para casos de emergencia: empléelo, si les es posible. ¿Lo ha encontrado?

Peter tanteó el extremo de la prenda hasta que sus dedos tropezaron con un objeto duro y afilado, sujeto a un tirante elástico. Al extraerlo vio que era un cuchillo de hoja curva y redondas perforaciones.

—Ya lo tengo—dijo a Zwelten—. ¿Cree que me servirá de algo?

—Ningún piloto suele llevar armas de largo alcance, así es que todo dependerá del empleo de las inteligencias. Procure resistir hasta que yo les alcance. No se ponga nervioso.

Decirlo era fácil; llevarlo a la práctica era otra cosa muy distinta. Peter se agitó ligeramente para adoptar una posición que le permitiera hacer frente al piloto marciano.

Ahora le veía perfectamente. Se hallaba a unas veinticinco yardas de distancia y era descomunalmente grande. La fosforescencia que se desprendía de su alargada cabeza permitía vislumbrar los demás contornos. De hallarse sobre la superficie terrestre, Peter habría jurado que se trataba de un pulpo. Sus tentáculos, gruesos como el cuerpo de un hombre, se distendían y contraían para lograr el lento avance que le llevaba al encuentro de Peter. Seguramente iba envuelto también en un protector climático puesto que sus ojos relucían muy dentro de la aparente superficie del cráneo.

—Clávele el cuchillo en cualquier parte—dijo la voz de Zwelten—. Y procure, sobre todo, acertar al primer golpe.

Peter comprendió lo que quería significar el venusiano. Si lograba rasgar el traje espacial de su enemigo, la carencia de presión atmosférica lo reventaría en el acto. E igual le sucedería a él en el caso contrario.

El piloto marciano estaba ya a menos de diez yardas. Y seguía reptando en el espacio, con la destreza de quien ha estado sometido a un largo entrenamiento. Sus tentáculos abarcaban una extensión enorme; sus ojos, del tamaño de platos, expresaban una implacable fiereza.

Un estremecimiento sacudió a Peter. Estaba horrorizado, impotente para sacar fuerzas con que iniciar el ataque o la defensiva. Por un instante estuvo a punto de abandonarse a su destino, de entregarse a aquella muerte cierta y terminar con los sufrimientos. Desde que comenzara su odisea había luchado más de lo humanamente posible. Fueron muchas las veces en que hubiera preferido morir que seguir adelante hacia aquel horrendo futuro.

—¡Ataque ahora!—le gritó Zwelten a través del transmisor etéreo—. ¡Rápido!

Peter se sintió espoleado como por un latigazo. Sin pensar más echó el brazo hacia atrás y lanzó el cuchillo con todas sus fuerzas contra la cabeza del monstruo.

Fue un error de imprevisión. En un medio ambiente en el que no existía la ley de gravedad mal podía esperarse que el arma se desprendiera de sus dedos para encontrar el blanco. Ocurrió que detrás del cuchillo salió él disparado en la misma dirección.

Hubo un choque y un formidable estallido. Cuando Peter abrió los ojos viose rodeado de multitud de restos fosforescentes que flotaban a corta distancia suya. ¡Había acertado el golpe!

Respiró aliviado. Sin embargo, una violenta opresión le impedía mover la cabeza. Se llevó las manos al cuello. Una sensación nauseabunda se apoderó de él al comprobar que uno de los tentáculos del monstruo se estrechaba en torno suyo cual si fuera una boa constrictor.

—¡Resista un poco más!—le alentó Zwelten—. ¡Estoy detrás de usted! ¡Solo un instante, Lemont!...

La presión del tentáculo aumentaba de forma irresistible. A Peter le pareció oír el crujido de sus propios huesos. Tenía la vista nublada y los latidos de su corazón antojábansele explosiones volcánicas.

Perdió el conocimiento. Al recobrarlo vio a Zwelten, muy cerca de él y sonriente.

—¿Cómo se encuentra?—preguntó—. ¿Asustado todavía?

Peter miró en torno suyo. El gigantesco tentáculo flotaba fláccido sobre sus cabezas. Otros restos del piloto marciano se extendían en distintas direcciones como objetos que jamás hubieran pertenecido a un ser vivo.

—Debo tener rotos la mitad de mis huesos—contestó palpándose el dolorido cuello—. Suerte que llegó usted a tiempo.

—No tiene ninguna fractura—dijo Zwelten—. Le hice un reconocimiento mientras estuvo usted desmayado.

—¿Cómo es que llevo este traje? No lo tenía puesto a bordo de la astronave.

—En cada asiento hay un dispositivo de lanzamiento que ajusta el equipo climático en el momento en que se produce el salto al vacío. En los primeros tiempos de la navegación estelar los pilotos iban equipados desde que despegaba la astronave hasta su regreso. Luego, los perfeccionamientos han suprimido esta incomodidad.

—¿Fue, también, la Mente quien nos hizo saltar?

—Sí—contestó Zwelten—, En lugar de someternos a un largo y fastidioso combate, la Mente prefirió el abordaje simple, con lo cual la eliminación de la astronave marciana era segura.

—Pero, y ahora ¿qué? Nosotros también estamos eliminados.

—Vendrán a recogernos; deben estar a punto de llegar.

—Eso... eso ¿es cierto?—la incredulidad asomó a los ojos de Peter.

—¿Por qué le iba a mentir? Existen normas perfectamente establecidas sobre el salvamento de náufragos siderales. Por descontado que seremos rescatados y llevados a Venus. Y, a propósito, usted, tenía una historia que contarme. Las astronaves de Marte han violado el Código Interplanetario por causa de su persona. Debo estar enterado, pues, de las razones que les han impulsado a atacarnos para dar cuenta a la Mente.

Y así fue como, suspendidos en el espacio y rodeados de tinieblas, Peter Lemont tuvo que referir lo acontecido en la Tierra desde su primera entrevista con el profesor Harland.

—Marte siempre ha tenido ambiciones de dominar el Universo—declaró Zwelten al término de la explicación de Peter—. La excesiva superpoblación del planeta los ha obligado muchas veces a intentar una expansión por la fuerza. Es muy posible que tarde o temprano tenga que ser eliminado del Sistema. Actualmente, la Tierra se halla en situación desventajosa para hacerle frente si se decidiera a la invasión. Y Harland es un aliado de ellos poderosísimo. Lo que me extraña es que solicitara nuestra ayuda para salvarle a usted. Es incomprensible.

—Tal vez le hayan obligado a ello. Y después recurriera a Marte para que destruyeran nuestra astronave.

—Probablemente será así—concedió Zwelten.

—¿En Venus poseen medios de información con respecto a los demás planetas? Aparte de los contactos con el profesor Harland, quiero decir.

—Tenemos telescopios auditivos de relativo alcance. ¿Qué es lo que deseaba usted saber?

—Si la epidemia sigue propagándose y si Marte ha empezado los preparativos para la invasión.

—Será fácil de averiguar, si la Mente se muestra conforme. Hasta cierto punto, son asuntos que no nos conciernen.

—Pero a mí sí. Deseo volver a la Tierra en cuanto esté curado de mi enfermedad. Usted me lo prometió, recuérdelo...

—Un momento — interrumpió Zwelten—; estoy captando un

mensaje de Venus.

Poco después, Zwelten expresaba en su rostro la satisfacción.

—Vienen ya—anunció—; acaban de localizarnos y, antes de un minuto de su reloj, seremos recogidos. Mire la astronave...

Peter dirigió su vista hacia las profundidades y contempló la rauda ascensión de un objeto fulgurante y silencioso.

—Otra vez salvado—dijo para sus adentros—. Esperemos que sea la última y definitiva.

CAPÍTULO X

SU cuerpo ha sido liberado de los gérmenes nocivos—dijo Zwelten—. Nunca más volverá a padecer enfermedad alguna. Ahora se halla en condiciones de elegir su destino: ¿Venus o la Tierra?

Peter quiso abrir los ojos pero le fue imposible. No podía realizar ningún movimiento, excepto los necesarios para hablar. Indudablemente le habían sometido a un tratamiento hipnótico en el momento mismo de ser recogido por la astronave salvadora. A partir de aquel momento no recordaba absolutamente nada. Su primera noción de la realidad fue la voz familiar de Zwelten.

—¿Venus o la Tierra?—volvió a inquirir aquél.

—Deseo regresar a la Tierra—contestó sin vacilar—. ¿Por qué no puedo moverme o abrir los ojos?

—No debe usted revelar los secretos de nuestra civilización a sus semejantes. Solo se le permitiría conocerlos en el caso de quedarse aquí para siempre. La Mente lo ha decidido así.

—¿Tampoco se me permitirá expresar mi agradecimiento a la Mente?

—-No existen las fórmulas de cortesía en Venus. Pero usted hablará con la Mente y le expondrá los problemas que lo atormentan. ¿Está preparado para hacerlo ahora mismo?

Peter asintió. Acto seguido experimentó la sensación de ser trasladado por medio de una camilla rodante.

—Ya puede abrir los ojos—le dijo Zwelten al cabo de unos minutos.

Peter obedeció. También pudo incorporarse y bajar del plateado palanquín que le transportara hasta aquel vasto salón de paredes tapizadas en rojo. Zwelten estaba delante de él. Sonreía amistoso.

—Ahí tiene usted a la Mente—el venusiano señaló una enorme maquinaria metálica en constante movimiento—. Se imaginaba otra cosa, ¿no es cierto?

Parpadeó Peter, sorprendido. Costábale trabajo admitir que aquel conglomerado de engranajes, semejante a una central eléctrica, rigiera los destinos de un planeta.

—Es un calculador filosófico-matemático—explicó Zwelten—. Resuelve toda clase de problemas y se encarga de la administración y gobierno de Venus. Sus órdenes son acatadas porque expresan razonamientos inmutables e infalibles. La Mente no se equivoca jamás.

Peter miró con respeto el complicado mecanismo.

—¿Es muy moderna?—preguntó.

—Según la medida terrestre del tiempo, hace unos dos mil años que fue terminada de construir. Pero ello no significa antigüedad. La Mente se encarga de eslabonar sus propios descubrimientos y dar a conocer las aplicaciones correspondientes. Usted verá ahí numerosas conexiones que se ramifican hacia el exterior; cada una de ellas es un control remoto que se disgrega en otros cientos de ramificaciones. Los medios de comunicación y transporte, las centrales de energía, los organismos administrativos oficiales, los sistemas detectores de alarma, los observatorios astronómicos, todo esto y muchísimas cosas más son gobernadas automáticamente por la Mente. Por ejemplo, propóngale usted cualquier problema de cálculo; el que usted quiera, sencillo o complicado.

—¿Cuántos son dos y dos?—preguntó Peter medió en broma medio en serio.

—No, así no—Zwelten lo cogió del brazo—; venga conmigo y formule la pregunta ante el dispositivo correspondiente.

Un tanto impresionado, Peter se colocó frente a una especie de impresor magnetofónico que Zwelten puso en marcha previamente.

—Haga la consulta ahora—dijo el venusiano.

—¿Cuántos son dos y dos?

La contestación fue instantánea.

—Cuatro.

Peter se rascó la cabeza asombrado. La voz había sonado hasta con inflexiones humanas.

—Desde luego, el problema no era de los más difíciles—manifestó Zwelten—. Haga ahora una pregunta en cuya respuesta intervengan elementos psicológicos y matemáticos.

—¿Cuántas probabilidades tengo de casarme con Vera Halston?—quiso saber.

—¡Alto!—cortó Zwelten a la vez que borraba la impresión magnetofónica—. Para contestar a esa pregunta la Mente tiene que contar con datos relativos a esa señorita. Necesitaría usted un año para podérselos exponer con la necesaria amplitud. Aparte de que sus testimonios no serían absolutamente neutrales.

—Probaré con otra cosa—Peter volvió a rascarse la cabeza. Era curiosa su escasez de ideas en aquel momento. De pronto se iluminó su mirada—. Repetiré con otro problema matemático. Dado el actual desarrollo de la epidemia londinense, ¿puede llegarse a la total extinción de la Humanidad?

—La respuesta tardará unos cuantos minutos—dijo Zwelten—. La Mente tiene que asociar los datos que le faciliten sobre las proporciones numéricas de la población terrestre, la potencia difusora del virus del que usted era portador, y el estado presente de la epidemia. También obtendrá informes relacionados con la investigación de los científicos ingleses. En este problema entran en juego una compleja serie de factores que han de ser traducidos a números. Se encendió la luz roja: preste atención.

—“La epidemia decrece rápidamente—fue la respuesta del altoparlante—. Los científicos terrestres han logrado aislar el virus y se hallan a punto de preparar los antídotos. Han muerto 28.751 habitantes. Serán afectados más o menos mortalmente otros 13.567.”

—Menos mal—respiró Peter aliviado—. ¿Puedo hacer otra pregunta?

Zwelten asintió.

—¿Prepara Marte la invasión de la Tierra?—inquirió Peter.

Una pausa mayor que la anterior. Zwelten lo miró fijamente.

—Quizá la Mente juzgue conveniente no contestar —dijo—. Aunque sea remotamente, tal vez puedan afectar a Venus las consecuencias que se deriven de la respuesta.

Se equivocó el venusiano. La Mente habló con su habitual concisión.

—"Astronaves guerreras en número de 18.900 atacarán a la Tierra antes de siete días. Plagas más mortíferas que la que sufre Londres asolarán los cinco continentes. La Humanidad desaparecerá."

Peter quedó lívido al escuchar el terrible veredicto.

—Lo siento, Lemont; usted quiso saberlo—había censura en el acento de Zwelten—. En Venus no tenemos por norma consultar el futuro; ahorramos preocupaciones.

—Es espantoso—murmuró Peter—. ¡Siete días de vida le quedan a la Tierra! ¡Maldito sea Harland!

—Con Harland o sin él, Marte habría obrado igualmente—declaró Zwelten—. Las apariencias lo presentan como culpable, pero, en realidad, el planeta de usted es la presa más propicia de todo el Sistema, como lo sería Venus si no contáramos con un potencial defensivo invulnerable.

—¡Usted tiene que evitarlo!—exclamó Peter fuera de sí—. ¡Lo acaba de decir, Venus puede defendernos, prestarnos ese material defensivo! ¡Sobre la conciencia de ustedes pesarían las muertes de cuatro mil millones de hombres y mujeres! ¡Hágalo, Zwelten, pídaselo usted a la Mente!

—Es inútil; la Mente no accederá—repuso Zwelten sin impresionarse—. Se lo dije una vez; jamás intervenimos en asuntos ajenos a nuestra soberanía e independencia. Y ahora, si me lo permite, le conduciré a la astronave que lo ha de llevar a la Tierra...

— ¡No!—gritó Peter'—. ¡No me moveré de aquí hasta que no haya una solución para mis semejantes! ¡No consentiré que Venus cierre los ojos a tamaña injusticia!

—Por cada una de sus palabras la Mente le está juzgando—advirtió Zwelten severamente—. Si le considera un estorbo será necesario eliminarle. Sea prudente.

—¡Es fácil decir eso cuando se tiene la certeza de un futuro eterno!—le apostrofó Peter con los ojos brillantes, por la excitación—. ¡Y también es muy fácil resolver los problemas por medio de una máquina calculadora, sin atenerse a otras razones que las puramente

matemáticas! ¡Ustedes serán muy perfectos pero les falta lo principal! ¡Calcular con la cabeza y el corazón! ¿Qué sabe esa máquina de los dones del alma, de la intervención de la providencia, de los hombres que dan su vida en aras de un ideal? ¿No existe en Venus nada superior a la Mente, nada que le aventaje en humanidad? Si un hombre se pone enfermo y la Mente dictamina que se morirá, ¿no ponen ustedes ningún remedio para evitarlo humanamente?

Zwelten levantó un brazo para acallar a Peter. Acababa de encenderse la luz roja que indicaba la respuesta inmediata.

La Mente habló ahora con sonidos distintos, ininteligibles para Peter. Por el contrario, Zwelten puso gran atención al escucharlos.

—Hay una solución—dijo el venusiano al extinguirse las palabras —. Trescientas ochenta y tres probabilidades contra una de fracasar. No vale la pena intentarlo. ¿Quiere que se la traduzca?

Peter asintió. Su frente chorreaba de sudor.

—Solo una probabilidad de éxito contra trescientas ochenta y tres de fracasar—repitió Zwelten variando los términos para ser comprendido más fácilmente.

—Ya lo he oído—replicó Peter impaciente—. Dígame de qué se trata. ¿Soy yo quien debe llevar a la práctica tal solución?

—Usted únicamente; sin ayuda de nadie. Hipnóticamente será adiestrado en el manejo de una astronave; luego partirá con rumbo a Marte, llevando a bordo un explosivo capaz de desintegrar el planeta. Deberá colocarlo en la base aérea para mayor precisión y por si fallara parte de su potencia destructora. Esa es la solución teórica.

—¿Cuáles son las probabilidades en contra?

—La red defensiva de Marte permitiría la infiltración de una astronave por cada trescientas ochenta y cuatro que lo intentaran. Si usted no logra posarse en suelo firme, el resultado de la operación será nulo.

Peter reflexionó durante un par de minutos. Se había suavizado la expresión de su rostro y nuevamente renacían en él los ímpetus de luchar. Incluso se sentía gozoso de saber que sobre sus hombros iba a descansar tamaña responsabilidad.

—¿Cómo es que Venus, siendo que no le concierne, ayuda a colaborar en la destrucción de Marte? —preguntó a Zwelten.

—La Mente lo ha decidido—respondió el venusiano—. Quizá en sus entrañas albergue algo más que resortes ecuacionales; quizá no sea tan inhumana como usted ha dicho.

Peter enrojeció por la alusión a sus violentos juicios anteriores.

—Siento haberme comportado tan impulsivamente—se excusó—.

Se me subió la sangre a la cabeza cuando me enteré de la amenaza que se cierne sobre la Tierra.

—Omití decirle que usted no saldrá con vida de la misión. Tal vez por ello se sienta optimista.

Peter sonrió.

—No me importa morir, Zwelten; en esta ocasión la vida es cosa secundaria. ¿No haría usted lo mismo en mi lugar?

—Hace muchos cientos de generaciones que en Venus no existe el riesgo de morir por accidente ni en duelos bélicos. No puedo, por tanto, saber lo que haría en su lugar.

—Usted se arriesgó para salvar mi vida—rebatió Peter—. Recuerde que luchamos contra tres astronaves marcianas.

—Fue un hecho fortuito, imprevisible. No volverá a suceder en la historia de Venus.

—¿Quiere decir que de haber sabido que existía riesgo usted no me habría rescatado del naufragio?

—La Mente habría denegado el permiso. Para el más alto organismo rector, la vida de un ser de Venus es más preciosa que mil millones de constelaciones juntas.

—De todas maneras, gracias—Peter tendió su diestra a Zwelten—. Sea como sea, les debo la vida ¡y quién sabe si la Humanidad entera también participará de esta deuda!

CAPÍTULO XI

PETER Lemont tenía la vaga sensación de haberse convertido en un autómata. Sentíase bien físicamente, despierto, con los sentidos alerta; pero aquel nuevo caudal de conocimientos que albergaba su mente le hacía pensar que era otro hombre distinto; se mezclaban en él dos personalidades opuestas que, si aparentemente se compenetraban, en realidad comportábanse con independencia absoluta. Su "yo" terrestre aceptaba esta convivencia como un sacrificio ofrendado a la Humanidad; su otro "yo", el integrado por el calculador espíritu venusiano, le dictaba paso a paso las fórmulas matemáticas que le llevarían a la destrucción de Marte.

Ahí surgía otro problema. ¿Tenía él derecho a suprimir del Universo a un astro habitado por seres civilizados? ¿Estaba realmente capacitado para discernir quién tenía la razón?

A todas luces, las respuestas eran: "sí". No fue producto de un sueño que el Gran Regidor de Marte dictaminó la extinción de la Humanidad por medio de una epidemia que él mismo debió propagar. Y tampoco era casualidad que la Mente coincidiera en su respuesta con el mismo veredicto atroz. Marte siempre había constituido un peligro para el Sistema. Otros planetas, en semejantes condiciones de civilización, pudieron hacerle frente y evitar dicho peligro. Pero la Tierra era todavía débil; débil y lo inmensamente rica en recursos naturales como para ser la presa más codiciada de un mundo ambicioso y tiránico.

Según los indicadores, la astronave había penetrado ya en la órbita gravitatoria de Marte. Peter accionó los compensadores de gravedad y redujo la velocidad. Con arreglo a su reloj terrestre, dentro de sesenta y cinco minutos llegaría a su destino… si lograba vencer aquellas trescientas ochenta y tres probabilidades que tenía en contra.

Después de ajustar los mandos y controles para el sucesivo comportamiento de la astronave, Peter tomó asiento frente al complicado salpicadero. Por enésima vez, su mirada se posó sobre

aquel pequeño, microscópico casi, recipiente esférico que contenía el “decatrón uránico”, el más potente fulminante desintegrador conocido en el Universo, el arma cuyo uso estaba prohibido por todos los Códigos Siderales y que ahora iba a ser empleada por vez primera en una acción directa contra otro planeta.

El “decatrón uránico” reposaba sobre su espoleta en el interior de una urna plástica. Su tamaño no excedería del de una moneda de las más pequeñas y su coloración era de un dorado pálido con reflejos tornasolados.

Peter tenía algunas nociones de cómo actuaría el explosivo en el instante en que un resorte de la espoleta disparase el percutor. Libre de su encierro, el “decatrón” se expandiría silenciosamente, desequilibrando los núcleos atómicos de todo lo que encontrara a su paso hasta que las masas moleculares perdieran su adhesión transformándose en la energía aniquiladora; un proceso tan sencillo como la conversión del agua en vapor a presión. La desintegración se propagaría con la velocidad exacta de dos mil doscientas yardas por segundo, lo que equivalía a convertir Marte en un sol en el tiempo justo de dieciséis horas.

Conforme la astronave se aproximaba a su meta, Peter fue considerando las posibilidades de su salvación. Zwelten le dijo al partir que no se hiciera ninguna ilusión. Si lógicamente era casi imposible realizar la primera parte del empeño, ¿cómo confiar en la superación de obstáculos tan insalvables cuales eran no ser apresado por sus enemigos, despegar antes de que la desintegración le alcanzara, y volver a franquear las barreras defensivas?

Llegó el momento supremo en que los indicadores de alarma señalaron la captación de la astronave por los sistemas defensivos de Marte. Una espesa red de rayos iridiscentes se repartió por la pantalla que representaba el horizonte hacia el que se dirigía la astronave.

Peter ignoraba con qué clase de proyectiles y armas tendría que vérselas en un futuro inminente. Sólo sabía que, en el instante sonara determinado zumbador del salpicadero saldría despedido de la carlinga hacia el espacio exterior.

Estaba tranquilo cuando se levantó para coger el “decatrón uránico” y guardárselo en el bolsillo. Y más tranquilo todavía al comprobar que la aeronave rectificaba horizontalmente su vuelo para tomar el rumbó definitivo que le conduciría a la inmensa base de despegue.

La aguja que medía su proximidad a Marte anunció una distancia traducida a millas de dos mil quinientas. Eso significaba que ya había franqueado más de la mitad de la zona peligrosa.

Peter se afirmó en el asiento asiéndose con fuerza a sus brazos. A su mente le vino el recuerdo de Vera Halston. La imaginó como la viera un día: sonriéndole admirativamente, con una grata expresión en sus hermosas facciones, y un mohín prometedor en los labios. De haber llegado la ocasión, Vera se habría casado con él. Tenía la completa seguridad…

Sonó el zumbador.

Peter tuvo una vaga noción de que algo se abría sobre su cabeza y le arrastraba violentamente hacia un borroso y oscuro paisaje.

Por cualquier circunstancia debió perder el conocimiento porque cuando volvió a abrir los ojos, sin saber cuánto tiempo había transcurrido, vio con la natural sorpresa que el Gran Regidor se hallaba delante de él… y le hablaba como otra vez ya lo hiciera.

—…escapaste a mi justicia pero no volverá a ocurrir. Morirás cuando mi última astronave parta para la Tierra, cuando percibas la sensación de que ninguna esperanza de sobrevivir les queda a tus semejantes. Decreto que tus ojos lo vean y que, después, seas arrojado al foso de las aguas vivientes para que tu cuerpo sufra la mortificación de las Siete Torturas.

Después de oír su condena, Peter fue aislado en la misma prisión que la vez anterior.

Llevaba puesto su traje espacial. Una sonrisa de triunfo aleteó en sus resecos labios. Su situación no era tan mala como al principio supuso. Al pasarse la mano por la cadera notó el abultamiento que denotaba la posesión del “decatrón uránico”.

Con no pocas dificultades se despojó de la vestimenta climática. Luego extrajo del bolsillo el formidable explosivo. La espoleta tenía un dispositivo de relojería que permitía fijar el estallido con una antelación de veinte minutos como máximo.

Lo dispuso al límite y, luego, colocó en hora su reloj. A las doce y veinte comenzaría la desintegración.

Volvió a meterse el artefacto en el bolsillo. Al hacerlo tropezó con la culata de su revólver. Lo empuñó experimentando una rara sensación de confianza.

A las doce y diez se abrió la puerta de la celda. Dos seres, semejantes al que Peter viera en compañía del profesor Harland, le obligaron a salir de la misma.

Lo condujeron a un vehículo de superficie en el que, siempre custodiado por sus aprehensores, viajó durante cuatro minutos.

Al salir se vio en una inmensa llanura rojiza en la que se alineaban interminables filas de astronaves iguales. Todas eran negras,

redondas y de afilados bordes; auténticos platillos volantes como los que Peter Lemont describiera en sus guiones infinidad de veces.

Pululaban en torno a las astronaves sus tripulaciones. Peter no se sorprendió al ver la complejidad de tipos que las componían. Ya en su primer contacto con la fauna inteligente marciana pudo apreciar la asombrosa diversidad de especies.

Había una tribuna en el lado izquierdo de la gran pista. Ocupábala el Gran Regidor y un nauseabundo séquito. Algunas astronaves estaban llegando todavía y se posaban en el suelo formando nuevas escuadrillas.

Se separaron de Peter sus guardianes para instalarse en la tribuna del Gran Regidor de Marte. El joven terrestre quedó solo, aislado entre aquella masa de artefactos y seres vivientes. Consultó su reloj. Eran las doce y dieciséis minutos.

Seguían los preparativos para el despegue general. Peter pidió a Dios que transcurrieran cinco minutos antes de que la primera astronave partiera. Su cuerpo se había convertido en un sudoroso manojo de nervios. El hormigueo de los pies se le hacía intolerable por segundos. Dolíale, el cuello de tanto mirar a un lado y a otro. Volvió a mirar el reloj: las doce y diecisiete…

Una formación de astronaves llegaba en aquel momento. Los rayos del sol arrancaron cegadores destellos de sus aerodinámicas estructuras.

Se posaron airosas cerca de él, a menos de cien yardas la más próxima. Abriéronse las carlingas y sus pilotos descendieron para ser reemplazados por otros recién salidos de los hangares.

Llegó otra astronave rezagada. Tras evolucionar en círculo para buscar sitio en que posarse, lo hizo junto a la que más cercana estaba del espectador terrestre.

Peter se agachó instintivamente al sentir el amortiguado zumbido de los motores sobre su cabeza. Pese a su febril estado de ánimo, reconoció que era del género tonto sentir temor en aquellos momentos. Solo tres minutos le separaban de la muerte… y del triunfo más sensacional que hombre alguno alcanzara en el Universo. Esta idea le enorgulleció y hasta pareció confortarle.

Las doce y dieciocho minutos.

El cielo aparecía despejado. Deberían estar ya completas las formaciones pues ningún movimiento de espera se apreciaba entre las dotaciones que aún no habían ocupado sus puestos.

De pronto, Peter vio algo que le erizó el cabello. Acababa de abrirse la escotilla de la última astronave que llegara. ¡Y una mano humana le hacía gestos para que acudiera!

Peter creyó estar soñando. Sin saber por qué miró el reloj. Las doce y diecinueve. Faltaba un minuto para que el “decatrón” estallara…

La mano seguía haciéndole señales, ahora más frenéticamente. Peter dio unos pasos hacia un lado… ¡y vio el rostro inconfundible de Vera Halston!

Soñando o despierto, Peter se volvió loco de alegría. Con la rapidez de un rayo sacó el “decatrón” y lo arrojó con todas sus fuerzas contra la tribuna del Gran Regidor. Después echó a correr hacia la astronave. Entró en ella como una exhalación.

— ¡Peter!—Vera se puso en pie gozosa. La escotilla se cerró—. ¡Creí que no te habías dado cuenta de que te llamaba!

De un empellón, Peter la obligó a instalarse en el asiento. A su lado estaba el profesor Harland; y delante, ante los mandos, el monstruo al que Peter reconoció como su primer enemigo marciano.

—¡Tenemos medio minuto para huir!—exclamó en el colmo de la excitación—. ¡Marte va a estallar inmediatamente! ¿No hay forma humana de escapar de aquí antes de que pase este tiempo?

La expresión de su rostro revelaba una angustia torturante. Harland se inclinó hacia adelante y dijo algo al piloto. La astronave dio una formidable sacudida y, a los pocos segundos, recuperó la estabilidad.

—¿Estamos seguros a quinientas millas de altura? —inquirió Harland. Tenía cicatrices en el rostro y una oreja vendada.

Peter exhaló un suspiro de alivio.

—Creo… creo que sí. ¿Podemos mirar hacia abajo?

Vera se levantó y descorrió un estrecho panel metálico. Quedó al descubierto un grueso mirador transparente a través del cual escudriñó durante unos instantes.

—¡Es cierto!—exclamó aturdida—. ¡Veo algo como una explosión atómica! ¿Cómo sabías que iba a ocurrir, Peter?

—Yo sí lo sabía—manifestó Harland—. Me lo dijo Zwelten 99976.

Peter se secó el sudor de la frente. Una débil sonrisa animó sus labios.

—¿Se arrepintió a última hora, Harland?—le preguntó sardónico.

Asomó el cañón de un fusil ametrallador por encima del respaldo del asiento contiguo al piloto marciano. Y tras el fusil, el rostro cuadrado y juvenil de un individuo.

—Le obligamos a arrepentirse, Lemont—declaró con acento humorístico—. El método que aplicamos tiene un nombre en Norteamérica: tercer grado.

—¿Quién es ése?—inquirió Peter dirigiéndose a Vera.

—El capitán Hastings, de la segunda división de detectives—presentó la muchacha—. Se hizo cargo voluntariamente de esta misión.

—¡Caramba, Hastings, fueron ustedes muy oportunos!-—exclamó Lemont alegremente—. Un minuto de retraso y hubiéramos volado todos juntos.

—¿No quiere verlo?—preguntó Vera a Peter desde el mirador—. Hay un cráter humeante que tendrá cientos de millas de extensión. ¿Es esto lo que se llama fusión en cadena?

—Supongo que sí—replicó Peter sin levantarse de su asiento—. En un plazo de diecisiete horas, Marte se habrá convertido en una nube de gases incandescentes. ¿Me da un cigarrillo, Harland?

—Los encontrará en mi bolsillo—contestó el profesor—. Tengo ciertas dificultades para mover las manos.

Se dio cuenta Peter de que Harland estaba esposado. Fue sacado de su momentánea distracción por Hastings que agitó un cigarrillo ante sus narices.

—Tenga, Lemont; fúmese uno de los míos y podré recordarlo con orgullo durante el resto de mis días. ¿No sabe que se ha convertido en el hombre más popular del mundo? Prepárese para una buena recepción cuando lleguemos. No habrá mujer que no le dé un beso cuando le vea.

—Eso ya lo veremos—dijo Vera sonriente—. ¿Verdad, Peter?

EPILOGO

Paseaban por uno de los recoletos de Hyde Park. Solo hacía una hora desde que Vera recogiera a Peter en el hospital psiquiátrico en que fuera internado a su regreso de los espacios siderales, donde permaneció durante una semana sometido a un cuidadoso régimen de observación.

Charlaron de muchas cosas, desordenadamente, alternando los motivos trascendentales con las ternuras de un naciente cariño, precipitándose en explicaciones retrospectivas, dando salida a un torrente de pensamientos que habrían hecho palidecer de envidia al escritor de ideas más profundas.

Finalmente, el torbellino de palabras dejó paso al sosiego espiritual. Y fue cuando vino el relato puntual y preciso que cada uno hizo al otro enamorado.

—La policía se convenció de que Harland no era un visionario cuando, a lo largo de un durísimo interrogatorio, confesó saber el escondrijo de una astronave marciana—dijo Vera comenzando la segunda parte de su relato—. Conseguí que el capitán Hastings me permitiera tomar parte en las investigaciones e integrar en la expedición que salió a localizar la astronave. Puedes imaginarte la sorpresa que se llevó la policía al ver el artefacto volador. Estaba en un bosque de Cambridge. Fue capturado el piloto; tú y yo ya lo conocíamos. ¿Recuerdas?

Peter asintió. En sus facciones había un gesto de vivo interés.

—¿Costó trabajo detenerlo?—quiso saber acordándose de sus carniceras garras y del triste fin de Gordon Lee.

—Harland lo apaciguó. De todos modos, consiguió herir a dos agentes y estuvo en un tris de destrozar al profesor. Luego vino lo más emocionante. Había que indagar dónde estabas tú y cuál era tu suerte. Harland se resistía a volver por los buenos fueros y seguir colaborando. Se probaron todos los medios humanos de persuasión con un resultado negativo. Entonces Hastings propuso que se le administrara un suero hipnótico. Aquello ya fue otra cosa. Ni siquiera llegó a administrársele. Harland se convenció de que era inútil resistir y se puso en contacto con Marte y Venus. Supimos todos tus

movimientos desde que Zwelten te recogiera de entre los restos del "Rubicón". Me llevé la mayor alegría de mi vida cuando me enteré de que estabas curado de tu enfermedad; claro que luego la satisfacción se enturbió al tener conocimiento de que habías partido para Marte con una misión que Harland especificó vagamente.

—¿No dijo Zwelten que yo era portador del "decatrón uránico"?

—Sí; pero también especificó que habías sido detenido y llevado a presencia del Gran Regidor. Como se retrasara la desintegración de Marte coincidimos en pensar que te habían descubierto el "decatrón".

—Pero, de todas formas, vinisteis a por mí. ¿Os costó mucho tiempo la travesía?

Vera sonrió.

—No existe el tiempo para las astronaves marcianas. O mejor dicho, existe la descomposición del tiempo en fragmentos independientes. No poseo los suficientes conocimientos técnicos para darte una explicación adecuada, pero el caso es que nuestra astronave dio el salto justo para llegar en el instante preciso.

—En uno de mis guiones traté un asunto parecido—dijo Peter pensativamente—. Creo que desarrollé fantásticamente una teoría secundaria de la relatividad. Recuerdo que me felicitó el propio Coleman Hnut, y me dijo que algún día los hombres resolverían prácticamente aquel imaginario esbozo científico.

—Pues bien—prosiguió Vera—; dimos el salto en el espacio-tiempo y la Mente nos guio hasta el lugar exacto donde te encontrabas. Se portó muy bien tu amigo Zwelten. En todos los momentos facilitó los datos de orientación y se mantuvo en contacto con nosotros.

—¿Y el piloto marciano?

—¿Quién, Drur-L6? Cumplió su cometido a instancias de Harland. Es una especie de robot enviado a la Tierra para cumplir las órdenes del profesor. No opuso dificultades. Además, su inteligencia es bastante rudimentaria. ¿Sabes que fue él quien asesinó a mi primo Gordon?

—Te lo dije—recordó Peter— Estaba claro como el agua.

—La policía no lo encontró tan claro. No había huellas de pisadas al pie de la ventana ni rastros en torno a la casa. Drur-L6 penetró... volando. Y salió de la misma manera.

—Me agradaría me explicaras mejor eso de "volando". ¿Tiene alas Drur?

Vera asintió sonriendo.

—Es un robot elaborado en laboratorio con fines experimentales.

Posee toda clase de facultades físicas, aunque ninguna desarrollada notoriamente. Harland lo llevaba de un sitio a otro embalado en un cajón corriente para no despertar sospechas. Solo cuando lo descubriste tú decidió echar por la borda los disimulos.

—Es un tipo raro Harland—Peter se detuvo junto a un banco e hizo un ademán a Vera para que se sentara. Después se acomodó a su lado—. Es un tipo muy raro. Podría haber dado gloria a la Humanidad y, sin embargo, prefirió pasar por el mayor asesino de la historia.

—Está loco a su manera. Es un egocentrista, un orgulloso fanático. Cuando después de veinticinco años de investigaciones halló el modo de comunicarse con otros planetas, descubrió que Marte proyectaba invadir la Tierra. ¿Qué hizo? Asumir un papel grotesco en la farsa, simular todo aquello de que él podía evitar la hecatombe mundial, llevar de cabeza a la policía con cuentos contradictorios para que al fin y a la postre lo tomaran por un poseso inofensivo, y lanzar su famoso ultimátum por medio de la Prensa. Todo aquel ajetreo interesaba al Gran Regidor por motivos de igual vanidad. La Tierra no tenía defensa posible, estaba miles de años atrasada científicamente para hacer frente a la invasión. En cuestión de días habría sucumbido íntegra su población. Pero el sentido teatral no parece ser exclusivo de los terrestres. Al Gran Regidor le agradó la idea facilitada por el profesor Harland con respecto a que tú fueses el exterminador de la Humanidad. Podía ser un bonito y dramático ensayo; satisfaría su regocijo de espectador que en cualquier momento puede variar el desenlace a su antojo.

—¿Es tuya esa teoría?—Peter la miró admirado. , —Atando cabos no se llega a otra conclusión. Harland no podía evitar el desastre. Hizo eso: fingirse vengador de la ciencia. No es que le defienda, líbreme Dios de ello, pero convengo en que, exceptuando el asesinato de mi primo, no ha hecho el mal de que se jacta.

—¿Se arrepintió a última hora? Me refiero a cuando iba en la astronave.

—Pues nadie lo puede saber. Desde que se le inyectó el hipnótico se comportó racionalmente. Si fue sincero o no constituirá siempre un misterio.

—Magnífica idea la de utilizar una astronave marciana para rescatarme—Peter entornó los párpados pensativo—. Jamás pudieron sospechar la identidad de los tripulantes. Yo mismo creí que estaba soñando.

—La Mente resolvió el problema. Solicitamos la ayuda de Zwelten; le pedimos a éste una astronave de Venus para llevar a cabo el rescate. ¿Y sabes cuál fue la contestación de la Mente?

—Me la figuro; utilizar la astronave marciana.

—Sí, pero eso no es todo; dio hasta los nombres de quienes teníamos que ir dentro. Sin contar con Hastings, naturalmente. Gran máquina ésa, Peter. Me es simpatiquísima.

Peter esbozó una alegre sonrisa.

—El mérito es de Zwelten—dijo—. Él tuvo que facilitar todos los datos, incluso los psicológicos de cada uno de nosotros y del Gran Regidor. Es difícil que en el Universo haya otro hombre que raye a la altura de Zwelten.

—Eres muy modesto, Peter—Vera apoyó su manila en el brazo del joven—; maravillosamente modesto. ¿Acaso te consideras inferior a Zwelten?

—Sin ningún género de dudas. Hablemos de otra cosa que me intriga, Vera. ¿Cómo regresaste a la Tierra después que a mí me llevaron a Marte desde la estación espacial?

—De la forma más sencilla. No salí de mi escondite para nada. Esperé horas y horas tu regreso, y cuando oí que se abrían las puertas metálicas de la astronave me decidí a asomar la cabeza fuera. Habíamos regresado a la Tierra sin que mi presencia fuera descubierta. En vista de que tu ausencia se había convertido en un misterio resolví no esperar más y volver a Londres. Fui a tu casa. Después a la del profesor Harland. Este me lo contó todo. Me dijo que te habían enviado a Marte, que te inyectarían un virus epidémico que se propagaría mortalmente, y un montón de cosas más. No sé si le di mucho crédito o no, el caso es que me marché furiosa. Unas cuantas horas más tarde escuché por la radio las primeras noticias de la epidemia. Volví a casa del profesor dispuesta a entregarlo a la policía. Tú estabas en su despacho. Lo demás ya lo sabes.

—Lo demás fue una pesadilla horrible—murmuró Peter ensombrecido el gesto por los recuerdos.

—Si tú y yo no nos hubiéramos metido en aquello que creímos era una edificación, no quedaría un ser viviente sobre la Tierra. No fue ninguna pesadilla.

Peter: fue el sueño más maravilloso que jamás hayamos tenido. Con un final magnífico, ¿verdad, querido?

Peter la besó en los labios. Después su mirada vagó por el estrellado cielo buscando el astro de fulgores rojizos.

—No lo encontrarás más—dijo Vera adivinando su intención—. Quizá un día nuestros lejanos descendientes negarán que Marte ha existido.

—Comienzo a preguntármelo yo… En serio que sí, Vera.

—Eso ni importa mucho. Yo sí existo, ¿no es cierto?

Aquello era una invitación que Peter no podía desobedecer. Y, como además de ser un héroe era humano, volvió a besarla en la boca apasionadamente.

—Sí existes, ¡caramba!—exclamó sonriente—. Y, por añadidura, tienes los labios más hechiceros del Universo.

FIN

INDICE

J AI M IT O

la publicación infantil más graciosa
e interesante

PUBLICA MENSUALMENTE

SELECCIONES

DE JAIMITO

un extraordinario con
36 PAGINAS

Rebosantes de historietas cómicas, chistes.
aventuras
y pasatiempos, seleccionados para diversión
y recreo
de los lectores.

UNA PUBLICACION CREADA

Para alegrar y divertir

¡QUE HA CONSEGUIDO SU OBJETIVO!
Léala y será de los nuestros

COLECCIÓN LUCHADORES DEL ES

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

1. **—El enigma de los hombres planta, *George H. White*.**
2. **—El azote de la humanidad, *George H. White*.**
3. **—La ruta de Marte, *Larry Winters***
4. **—Expedición al Éter, *Larry Winters*.**
5. **—Fugitivos en el Cosmos, *Larry Winters*.**
6. **—Avanzadilla a la Tierra, *Larry Winters*.**
7. **—Amor y muerte en el Sol, *Mike Grandson*.**
8. **—Fymo, nuevo Mundo, *Joe Bennett*.**
9. **—Tierra de enigmas, *Joe Bennett*.**
10. **—Asteroide maldito, *Joe Bennett*.**
11. **—Operación cefeida, *Profesor Hasley*.**
12. **—El Atom S-2, *George H. White*.**
13. **—El coloso en rebeldía, *George H. White*.**
14. **—La bestia capitula, *George H. White*.**
15. **—El Enigma Cósmico, *Profesor Hasley*.**
16. **—Extraño Visitante. *George H. White*.**
17. **—Más allá del Sol, *George H. White*.**
18. **—Los hombres de Alfa, *Profesor Hasley*.**
19. **—Entropía, *Profesor Hasley*.**
20. **—Marte, el enigmático, *George H. White*.**
21. **—¡Atención... Platillos volantes! *G. H. White*.**
22. **—Raza diabólica, *George H. White*.**
23. **—Un astro en el camino, *C. Aubrey Rice*.**
24. **—Intruso sideral, *Profesor Hasley.***
25. **—Llegó de lejos, *George H. White.***
26. **—Cuando el monstruo ríe, *Alf. Regaldie.***
27. **—Heredó un mundo. *George H. White.***
28. **—Desterrados en Venus, *George H. White.***
29. **—La legión del Espacio. *George H. White.***
30. **—Bolas Blancas de Yereblu, *C. Aubrey Rice*.**
31. **—La Ciudad Submarina, *Red Arthur.***
32. **—Pánico en los espacios Siderales, *Karel Sterling.***
33. —**El mundo sumergido, *Profesor Hasley.***
34. **—Base Sakchent núm. 1, *Profesor Hasley.***
35. **—Sosias infernales, *Karel Sterling.***
36. **—Gan-X, C. Aubrey Rice.**
37. **—«Ellos» están aquí, *George H. White*.**
38. **—El enigma de C.O.E., *Profesor Hasley.***
39. **—La gran amenaza, *Profesor Hasley.***
40. **—Los mares vivientes de Venus, *Karel Sterling.***
41. **—¡Piedad para la Tierra!, *George H. White.***
42. **—Despertar en la tierra, *Larry Winters.***
43. **—El mundo perdido, *Larry Winters.***
44. **—La sinfonía cósmica, *Profesor Hasley.***

1. **——El hombre de ayer, *Profesor Hasley.***
2. **—Lance King: Pionero del tiempo, *Karel Sterling.***

3. **—La muerte flota en el vacío, C. *Aubrey Rice.***
4. **—Cuarta dimensión, *Profesor Hasley.***
5. **—¡¡Luz sólida!!, *George H. White.***
6. **—Hombres de Titanio, *George H. White.***
7. **—¡Ha muerto el sol!, *George H. White.***
8. **—Exilados de la Tierra, *George H. White.***
9. **—El imperio milenario, *George H. White.***
10. **—Topo-K, Profesor Hasley.**
11. **—El fin de la «Base Titán», *Profesor Hasley.***
12. **—Pasaron de la Luna, C. *Aubrey Rice.***
13. **—La amenaza tenebrosa, *J. Negri O'hara.***
14. **—El gran fin, J. Negri O'hara.**
15. **—Intriga en el año 2.000, *Profesor Hasley.***
16. **—El extraño Profesor Addington, *Profesor Hasley***
17. **—Sin noticias de Urano, *C. Aubrey Rice.***
18. **—Acción inaudita, *C. Aubrey Rice,***
19. **—El horror invisible, *Karel Sterling.***
20. **—Más allá de Plutón, *Profesor Hasley*,**
21. **—La revancha de Zamok. *Profesor Hasley.***
22. **—Situación desesperada, *C. Aubrey Rice.***
23. **—El experimento del Dr. Kellman, *J. Negri O'hara.***
24. **—Los habitantes del astro sintético, *Eduardo Texeira.***
25. **—Los muertos atacan, *Profesor Hasley.***
26. **—La última batalla, *Profesor Hasley***
27. **—1958: Objetivo Luna, *Karel Sterling.***
28. **—La amenaza de Andrómeda, *Robin Carol.***
29. **—El silencio de Helión, *Robín Carol*.**
30. **—Ventana al Infinito. *J. Negri O'Hara.***
31. **—El Planeta errante. *Karel Sterling*.**
32. **—Regreso a la patria. *George H. White*.**
33. **—Lucha a muerte, *George H. H. White*.**
34. **—Cautivos del Espacio, *Joe Bennett*.**
35. **—Vacío siniestro. *Joe Bennett*.**
36. **—Detrás del Universo. *Karel Sterling*.**
37. **—¡Karima!, Profesor Hasley.**
38. **—Él bosque petrificado. *Profesor Hasley*.**
39. **—Energía Z. *Profesor Hasley*.**
40. **—Fantasmas siderales, *Karel Sterling*.**
41. **—El túnel transatlántico, *Profesor Hasley*.**
42. **—El mundo subterráneo. *Profesor Hasley.***
43. **—Entre Marte y Júpiter, *Joe Bennett*.**
44. **—Separación Asteroidal. *Joe Bennett*.**
45. **—Náufragos del Universo, *Joe Bennett.***
46. **—La Isla de otro mundo, *Eduardo Texeira.***
47. **—El tiempo desintegrado. *Karel Sterling*.**
48. **—El conquistador del mundo, *Prof. Hasley.***
49. **—El ejército sin alma. *Prof. Hasley*.**
50. **—Mensajes de muerte, *Karel Sterling*.**

¡UN RETO A LA MENTE DE NUESTROS LECTORES!

¡Algo que quizá no puedan resistir!
La novela fantástica que plantea este interrogante angustioso:
¿Qué ocurriría en una fábrica cuyos empleados fuesen autómatas si, de pronto, se produjese una rebelión?
¡He aquí la revancha de las máquinas que el Hombre dirige a su capricho!

MOTIN ROBOTICO

Un autor de asombroso dominio expresivo aplica el impacto más rotundo en el campo futurista de la «ciencia-ficción».

JOE BENNETT

Usted tiene la palabra.
¿ACEPTA EL RETO?
¡Adquiera el próximo número! Su fascinante lectura llegará... ¡hasta aturdirle!

MOTIN ROBOTICO

Es un pilar básico para el prestigio bien ganado de la Colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA. *Precio:* **6** *pesetas.*